8342

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL PATRIARCA DEL TURIA,

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

QUINTA EDICION.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ,—40,—2.°

1874.

689
13

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE ENERO DE 1874.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. corresp
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á gusto de la tia	1	E. Navarro	Tod
Amor, careta y celos	1	Usera y Lopez	»
César y Pompeyo	1	Manuel Reina	»
Desde el cielo	1	C. Frontaura	»
Don Lesmes	1	Manuel Nogueras	»
El aceite de bellotas (Monólogo)	1	R. María Liern	»
El Dos de Mayo de 1808	1	L. Vazquez y M. Currros	»
El diluvio	1	José Velazquez	»
El elixir de la vida	1	J. Fernandez Bremon	»
El libro talonario	1	J. Hayeseca	»
El niño de Juanita	1	Cárlos Trigo	»
El proscripto	1	Luis Blanc	»
El retrato de Macaria	1	R. María Liern	»
El retrato del muerto	1	José Estrañi	»
El testamento del tio	1	Cárlos Trigo	»
Ernestine	1	E. Blasco	»
Fuego en San Ginés	1	E. Blasco	»
Gloria á Bilbao	1	E. Zumel	»
Infraganti	1	E. Zumel	»
La filosofía del vino	1	Teodoro Guerrero	»
La muela del juicio	1	M. Carreras	»
La pena capital	1	Luis Blanc	»
La primera lágrima	1	E. Jackson Cortés	»
Liquidacion conyugal	1	S. E. Collantes	»
Los espíritus	1	J. Fernandez Bremon	»
Mi mujer me engaña	1	Eduardo de Lustonó	»
1873 y 1874. (*Revista.*)	1	R. Valero y Llorens	L. y
No me caso con mi tio	1	J. L. Leon y Marin	Tod
¡Quien bien ama!	1	C. Martinez	»
Sermon perdido	1	Teodoro Guerrero	»
Un nin de enredos	1	N. N.	»
Un si	1	Petano y Torres	»
Levantar muertos	2	Ramos Carrion	»
Morirse á tres dias fecha	2	E. Zamora y Caballero	»
Sancho de Vargas	2	J. Aranáz	»
Bernardo el Calesero	3	Luis Blanc	»
El anzuelo	3	E. Blasco	»
El honor	3	R. de Campoamor	»
La nada entre dos platos	3	Malli y Coello	»
La verdadera Carmañola	3	Luis Blanc	»
Los amigos de los pobres	3	Luis Blanc	»
Los aventureros	3	Luis Blanc	»
No hay buen fin por mal camino	3	Mariano Catalina	»

EL PATRIARCA DEL TURIA.

Dos ediciones de esta obra se han hecho en casa del Sr. Rodriguez, de Madrid. Á los pocos dias de publicada la primera, hízose otra en las columnas del periódico *La jóven España*, por cierto con grandes mutilaciones en la dedicatoria.]

La última está hecha en Paris, en la imprenta de E. Thunot y Comp.ª calle de Racine, 26, cerca del Odeon.

EL PATRIARCA DEL TURIA,

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

Representado por primera vez con gran éxito la noche del 23 de Diciembre de 1857, en el Teatro de NOVEDADES de esta córte.

QUINTA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1874.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

Verdades amargas.
Alarcon.
Las prohibiciones.
Una broma de Quevedo.
El caballero del milagro.
Mariana la barlú.
Una Vírgen de Murillo (1).
Entre todas las mujeres (1).
La vergonzosa en palacio.
Cuando ahorcaron á Quevedo.
El esclavo.
Una aventura de Tirso.
La vida de Juan soldado.
La Vaquera de la Finojosa.
La llave de oro.
Grazalema.
El Patriarca del Turia.
Las querellas del rey sabio.
Mentiras dulces.
¡Santiago y á ellos!
El padre de los pobres.
La Payesa de Sarriá.
Los crepúsculos.
La cruz del matrimonio.
Los encantos de Brijan (2).
La mano de Gato (2).
Los soldados de plomo.
Quiero y no puedo.
Un hallazgo literario.
La convalecencia.
Lope de Rueda. (*El batidor de oro.*)
El molinero de Subiza.

---

(1) En colaboracion con D. Luis Mariano de Larra.

(2) Las Empresas que deseen representar estas obras de mágia, no impresas, se dirigirán á su autor ó al director de escena de sus obras D. DIEGO LUQUE, Madrid.

AL SR D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Hay en los primeros años de mi vida literaria, cuyos dolores y amarguras pueden muy pocos comprender, un paréntesis risueño y dulce como el dia en que escribo, dia de sol esplendente que sigue á otros muchos nebulosos y oscuros. Usted habrá olvidado sin duda un cuarto piso de la travesía de Trujillos, donde á mediados del año cincuenta vivía un pobre estudiante, moribundo y casi niño, que á la altura de noventa y siete escalones sobre el nivel del suelo, soñaba con la gloria y la poesía, cuando al parecer le abandonaban el mundo y el cielo; pero el pobre estudiante no podrá olvidar nunca que el cantor de los amantes de Teruel, una de las primeras eminencias literarias del país, honró una noche aquella casa subiendo los noventa y siete peldaños para oir una comedia de aquel pobre muchacho oscuro y olvidado.

Hay recuerdos que marcan el corazon como el hierro candente la cara de los esclavos. Este recuerdo de gratitud no podrá nunca borrarse de mí. Oyó el eminente literato la comedia del jóven poeta; vertió con sus elogios dulce consuelo en aquel alma próxima á escaparse del cuerpo; hizo más: tomó aquel manuscrito, que en vano había llamado á las puertas de los más miserables teatros sin más pretension que la de ser leido, y dió con él en el teatro Español. Si la direccion del templo del arte desdeñó no ya representar sino leer aquella pobre obra, no tuvo la culpa el autor de *Un si y un no*. El célebre poeta volvió á ocuparse en sus tareas literarias, y el jóven estudiante se enterró de nuevo en su oscuridad.

El 20 de enero del cincuenta y tres tornaron á encontrarse en el escenario del teatro por entónces predilecto del público madrileño. Gracias á la proteccion del eminente crítico D. Eugenio de Ochoa, á quien debo cuanto soy, *Verdades amargas* acababa de representarse por vez primera como más al pormenor he referido en el prólogo de esa perla de las novelas de Fernan Caballero que se llama *Clemencia*. De entónces data nuestra amistad, si amistad puede llamarse al filial cariño que por usted siento, cariño tan lleno de respeto y veneracion, que casi juzgo un desacato escribir su ilustre nombre en una obra que lleva el hu-

611230

milde nombre mio, que si es algo conocido, lo debe en gran parte al estudio que de los escritos de usted he hecho, y á los sabios consejos que de su boca he escuchado.

Pero este drama tiene por objeto enaltecer las canas; presentar al público un patriarca de la literatura antigua. Si afortunadamente usted por sus años está muy distante de serlo de la moderna, esas canas, corona de su venerable cabeza, que el fondo verde de los laureles destaca entre todas, son tan sábias, tan nobles, tan honradas, son vistas de todos con tal veneracion, que nadie osará decirme que miento si digo que he dedicado esta apoteosis del que considero patriarca del teatro antiguo al patriarca de los modernos poetas españoles.

Yo me descubro la cabeza delante de todas las canas: delante de las de usted la bajo con doble respeto: el mundo entero dentro de poco se descubrirá para nombrar al restaurador del teatro antiguo español, al inspirado cantor de Isabel y Marsilla.

Besa su mano

Luis de Eguilaz.

Aprobado para su representacion por el Censor interino el Sr. D. José Selgas y Carrasco; el 15 de Diciembre de 1857.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada El Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARGARITA.	D.ª Maria Rodriguez (1).
MENCIGÜELA. . . :	D.ª Salvadora Cayron.
LEONARDA.	D.ª Maria Cruz.
UNA DAMA.	D.ª Francisca Mena.
JUAN DE TIMONEDA. . . . . ,	D. José Valero.
LOPE DE VEGA.	D. Antonino Bermoney.
BLAS ORDOÑEZ.	D. José Calvo.
EL ALFEREZ PERALTA. . . .	D. Antonio Zamora.
MELCHOR. . . . . , . .	D. Calisto Boldun.
EL SARGENTO CAMPUZANO. .	D. Lázaro Perez.
BERRUECO. . . . . , . .	D. Ramon Benedí.
UN CABALLERO.	D. Pedro Mafei.
UN ALGUACIL.	D. José Sanchez.
PEROTE. . . . . , . , . .	D. Rafael Tost.

Labradores, aldeanos, aldeanas, cazadores, floreras, soldados, alguaciles, corchetes, damas, caballeros, máscaras de ambos sexos. oficiales, dueñas, pajes, rodrigones, representantes, vendedores, gentiles-hombres del rey, caballeros austriacos de la comitiva de la reina, altos dignatarios de la córte, músicos, bailarines y bailarinas.

Valencia y su huerta: 1599.

---

(1) Por enfermedad de la Sra. Rodriguez se encargó de este papel desde la décimaquinta representacion la señorita doña María Menendez, jóven actriz de excelentes disposiciones, que con estudio constante, y siguiendo bajo la entendida direccion del Sr. D. José Valero, podrá ocupar un puesto distinguido en nuestra escena.

ACTO PRIMERO.

Hacienda de Timoneda en la huerta de Valencia. Á la izquierda una casa rústica, por cuyos muros trepan enredaderas que subiendo hasta el gran alero del tejado, descienden sobre un emparrado qne cobija todo el primer término, ligándose con las parras y alternando en él las flores de las enredaderas con los racimos de uvas. Á la derecha, y frente al público algunas chozas, y delante de éstas, encañizados atajando varios cuadros de flores. Á la derecha tambien, pero en segundo término, rodeado de naranjos, cañas y girasoles, un pozo en terreno poco más elevado, descendiéndose de éste al primer término por una rampa terriza. En el fondo la vista de Valencia. Lo demas del escenario está ocupado por flores y hortalizas, quedando sólo algunas calles muy estrechas en distintas direcciones. El primer término cubierto de césped. Varios asientos, formados de troncos delante de la casa. En los troncos que sostienen el emparrado habrá colgados algunos útiles de labranza. Acaba de salir el sol. Timoneda y Ordoñez aparecen á la izquierda: el primero sentado, los demas á la derecha; Leonarda á la puerta de su casa.

ESCENA PRIMERA.

TIMONEDA, ORDOÑEZ, MELCHOR, LEONARDA, MENCIGÜELA, BERRUECO, PEROTE, ALDEANOS y ALDEANAS, CAZADORES.

ORD. Conque, ¿quién quiere justicia,

que me voy de caza?

BER. (Adelantándose.) Alcalde,
Berrueco soy: todo el pueblo
sabe que Berrueco Sanchez
fué el padre que á mí me hubo
en la Berrueca mi madre.
Dan á todos los Berruecos (Casi llorando.)
Cascabeles en nombrarles.
Cascabeles fué mi abuelo;
Cascabeles fué mi padre;
y Cascabeles me llaman
con mengua de mi linaje.

ORD. Cascabeles, eso es cierto: (Con gravedad.)
di en qué puedo justiciarte.

BER. Dé vuesarcé una premática
mandando que se me llame
Berrueco, hijo del Berrueco
y la Berrueca mi madre.

ORD. Estos cargos de república (Pensativo.)
dan que hacer lo que no es dable.
Juan, ¿qué me aconsejas?

TIM. (Riendo.) ¿Yo?
¿Pues tienes la vara en balde?

ORD. Si estas cosas de gobierno
no son para mí. En tocante
á lances en que entre esto,
(Señaláudose la frente.)
es sabido, no soy nadie.

TIM. Vamos, hijo Cascabeles,
¿qué pides? (Riendo.)

BER. Que no me infamen
con nombre que tanto suena;
que eso es cascabelearme.

TIM. Cascabeles, vé tranquilo;
yo haré que no te lo llamen.

BER. Bien: á fé de Cascabeles
que ansí justicia se hace.

ORD. Ea, ¿quién quiere justicia,
que va de caza el alcalde?

MEL. Alcalde y tio. Perote (Lo trae de la mano.)
quiere tambien justiciarse.
Pero como no está hecho

el pobre á hablar con alcaldes
ni borondangas, el bestia
tien vergüenza de explicarse,
y me ha dicho: «Melchorico,
tú que tienes esas fauces
tan explicativas, parla
lo que me pudre la sangre;
y ansí por boca de ganso
podré una vez explicarme.»

ORD. Bien, habla como quien eres.

MEL. Pues señor, el pueblo sabe
como á éste le acometieron
grandes ganas de casarse
con Mencigüela hace dias.
¿Voy bien ansí?—Dias hace.
(Señal afirmativa de Perote.)
Pues vamos á que si hubo
ó no dares y tomares,
ella siempre erre que erre
y él siempre dale que dale
con flores en la ventana
y músicas en la calle,
hasta que al fin una noche...
(Perote le tira de la anguarina.)
—¿No es ansí?—No: fué una tarde;
ella le dijo: «Perote,»
y él se rió con donaire;
y ella dijo: «con Dios vengas,»
y él dijo: «ansí Dios te guarde:»
y ansí fueron en decires
hasta aquello de llamarse
lechon y cordera... y todo,
y tratar de sacristanes.
Mas héte que ella le dice:
«yo bien quisiera casarme
contigo, que sé que tienes
dos taullas de arrozales
y la casa de tu abuela
y el majuelo de tu padre.
Mas por la gente de armas
soy perdida; y no hay tratarme,
si el hombre no las profesa,

en que por buenas me case.»
Éste, que ya le tenía
mucho afecto, dijo: «tate,»
y dió consigo en Valencia
en cas de maese Morante,
y ansí que fueron pasados
dos meses no bien cabales,
tornó de la misma guisa
en que le teneis delante,
hecho barbero, que en serlo
hombre es de armas indudable;
que nadie lo es tanto como
quien con una el pan se gane.
(Haciendo la accion de afeitar.)

ORD. ¿Y esa es la queja, sobrino?

MEL. No tal: Mencigüela sale
cada mañana del pueblo
y torna aquí cada tarde
de Valencia. Lleva flores,
que vende en plazas y calles,
porque es de oficio florera.
Aquí entra lo triste.

PER. (Lloriqueando.) ¡Ay!

MEL. Cuantos ven á Mencigüela
por allá, dan en contarle
que si habla con un alferez
de esos que tornan de Flandes,
garrido mozo... y como éste
(Dándole con el codo.)
es feo,—con perdon se hable
de los presentes,—me ha dicho
que si no toma el alcalde
providencia, el mejor dia
se echa un lazo en el gaznate
y busca un pino muy alto
y se cuelga y *cantin pace*.
Conque yo ya he terminado: (Rapidez.)
que se cuelgue ó no, igual sale;
á la fin yo me he lucido.
He dicho.—El Chato.—Ahora fallen.

ORD. Juan, ¿qué me aconsejas? (Pensativo.)

TIM. ¡Yo!

¿Pero no eres tú el alcalde?

ORD. Sí soy; ¿mas no habló Melchor
por Perote? Pues que hable
por Ordoñez Timoneda...
uno ú otro... allá se sale.

LEON. (¡Que vara tenga este tronco!)

BER. (¿Pues de dó las varas nascen?)
(Ap. á los Aldeanos.)

VARIOS. ¡Já! ¡já!...

ORD. Silencio, que voy
á hacer justicia.—¿Pensaste? (Á Timoneda.)

TIM. ¿Mecingüela?...

BER. Ahora veredes.
Este viejo sí que sabe.

LEON. ¡Si estudió y ha escrito libros!

BER. ¡Si no hay otro!

VARIOS. ¡No, no!... (Se acercan.)

ORD. ¡Callen!

TIM. Dí, Mencigüela, hija mia,
¿tú con soldados hablaste?

MENC. Lo que es hablar... una vez (Muy cortada.)
sí le hablé, ansí Dios me salve.
Mas porque una mate un perro
¿mata-perro han de llamarle?

TIM. Es verdad. Mas dime, dime:
vez alguna no topaste
entre tus lindos cabellos
una cana vergonzante?

MENC. ¡Anda! Eso fué el mes pasado.
Mas no se lo he dicho á nadie. (Confusa.)

TIM. ¿Sí?... ¡Jé!... Vamos, y ¿qué hiciste?
(Sonriéndose.)

MENC. ¡Toma!... Tirar.

TIM. ¿La arrancaste?
Pues mira, ansí empecé yo.
La primera cana... pase,
la segunda... bien... se arranca.
Pero luégo... luégo... ¡Diantre!
Dime si está mi cabeza
para echar canas al aire.
¿Estás, hija Mencigüela?
(Perote se acerca á Timoneda.)

Una vez se habla en la calle
con el alférez... se arranca
del pensamiento su imágen
tornando á ver á Perote.
La vez segunda. . aún es fácil
tirar de la triste cana;
pero luégo... jé... jé... ¡Diantre!
(Coge de la mano á Mencigüela y Perote y los une.)

MEL. ¡Que viva maese Juan!

TODOS. ¡Viva!

TIM. Pues mirad, falta me hace.
Hijos, más de un siglo cuento,
que es contar: cuando las naves
del gran ginovés Colombo
á través de ignotos mares
nuevos mundos descubrían,
me descubrió á mí mi madre.
¡Huy! ¡si ha llovido de entónces!
Pues mirad, me encuentro ágil;
como, leo, duermo, pienso,
tomo el sol, aspiro el aire,
beso á mi nieta... ¿á qué más
mundanas felicidades?
¿Y sabeis por qué ansí cruzo
años que no cruza nadie
sin caducidad, ni gota,
ni otros mil y mil achaques?
Pues tengo un remedio, hijos,
Dios me lo ha dado de balde.

ORD. ¡Sigue!

TIM. Lo que al hombre mata
no son las enfermedades.
Son la falta de esperanza,
maná que Dios nos reparte,
la falta de fe, el afan
de crecer y de encumbrarse,
y otra cosa que se llama
conciencia, juez implacable,
á quien faltas no se ocultan,
que grita aunque el mundo calle,
¡porque es Dios que dentro el hombre

se oculta para guiarle! (Con solemnidad.)

. . . . . .

Cuando un mal llama á mi puerta
(En tono ligero.)
franca entrada dóile afable.
Murióse la prenda mia,
la gala de estos lugares, (Conmovido.)
mi hija Florela... Pues bien,
lloré... porque soy de carne, (Sonriéndose.)
y por sí brotan las lágrimas
cuando deben derramarse.
Pero allí está, allí me espera.
(Señala al cielo.)
Yo estoy siempre de viaje,
y nada hay perdido... pronto...
mañana tal vez... ¿quién sabe?
—Y Dios me dió á Margarita;
mi nietecica, otro ángel.
—¿Yo ambiciones?... ¿Para qué?
¿Qué grandeza no se abate
con la muerte? ¡Bah! En teniendo
pan y agua, y luz y aire
para el camino, allá Dios
nos dará lo que nos falte.
¡Ansí los pájaros viven
y vive cantando el ave!
—¿La conciencia? Yo en mi vida
hice mal, ni á un semejante
dejé de dar lo que pude.
Hijos, no hagais daño á nadie,
no ya por él, por vosotros;
que el mayor bien que se alcance
por el mal, no recompensa
lo que se sufre al gozarle.
Haced bien, si no sois buenos,
por ganancia; el mal... odiadle,
no ya por malo, por caro,
que lo que cuesta no vale,
y sin éste muy tranquilo (El corazon.)
nadie vió cien navidades.

ORD. Habla como un libro.

TIM. Entre ellos

mi vida ví deslizarse
y del roce con lo bueno
algo se pega.—Imitadme.
Lo que ahora el viejo os ha dicho
tened por regla constante;
y ansí no dareis fatiga (Riendo.)
con querellas al alcalde.

ORD. Sí, que me haceis discurrir,
cual hoy, hasta fatigarme.
¡Si estos cargos de república
son la vida perdurable!

LEON. ¡Sí! ¡Sí! (Entre dientes.)

MEL. (Desde el foro.) ¡Ahí viene Margarita!
(Frotándose las manos.)

TIM. ¿Margarita?... ¡Qué me place!

ESCENA II.

DICHOS, MARGARITA. Margarita sale por la parte alta de la derecha.

MARG. ¡La mano! He venido tarde,
(Besa la mano á Timoneda.)
que está deleitoso el prado.
¡Yo y mi choto hemos brincado!...
Dios os guarde... Dios te guarde.
(Saludando á uno y otro lado.)

MEL. (¡Huyuyuy!)

MARG. Inés mejor; (Á Timoneda.)
le he llevado su comida
y llora de agradecida.
—¿Hola, tú aquí, Salvador?—
(Á un niño que tiene de la mano un anciano.)
—Su mal se va como un vuelo.
(Á su abuelo.)
Son pobres, pero dichosos.
¡Con tres niños tan hermosos!
Son como soles, abuelo.—
Marica, he visto á tu vaca (Á una aldeana.)
paciendo junto al cercado.
¡Y qué lástima me ha dado!

Está la pobre tan flaca!
Mira, aquí tenemos yerba,
tráela, anda, no se opone. (Por su abuelo.)
Verás qué gorda se pone.
¡Huy! ¡si está... ¿Qué haces? Reserva
eso por si hay quien te mande
(Viendo que le besa la mano.)
cosa de más entidad.
¡Aquí sólo hay voluntad,
y como es de pobre, es grande.

MEL. ¡Adios, perla!

MARG. Adios, Melchor.

ORD. ¿Pues y en mi, no se repara?

MARG. ¡Salud á la noble vara!
Que no se tuerza, señor.
(¿Has ido?) (Á Mencigüela rápidamente.)

MENC. (Ya os hablaré.)
(Se separan rápidamente.)

TIM. ¿Qué te dice esa taimada?

MARG. ¿Mencigüela? Nada, nada.

ORD. Es un dije en buena fe. (Á Melchor.)

MEL. No, si yo soy un pollino
que dejo grano por heno;
si yo no escojo lo bueno!

ORD. ¡Te tengo envidia, sobrino!

MARG. Conque aquí tomando el sol (Á Timoneda.)
y temeroso del frio
y la humedad... vaya un brío
de veterano español.
Ea, risa y alborozo.
Á paseo á la laguna.

TIM. Hay cincuenta en cada una.
(Señalándose á las piernas.)

MARG. ¡Bah! ¡bah! para mí sois mozo.
¡No es vuesarcé mi galan!
pues yo de niña me pico.
¡Ay!... si viérais al chotico
coger de mi boca el pan!
¡No sé como no le mato
á besos! tan zalamero,
tan gracioso, tan ligero!

MEL. ¡Ay, quién fuera choto!

ORD. ¡Chato!
—Ea, mozos, á cazar...
(Á los cazadores, que están en el fondo.)
LEON. (¡Qué alcalde!)
MARG. Al fogon, Leonarda,
que si el almuerzo se tarda,
va el abuelo á regañar. (Váse Leonarda.)
MEL. ¿Qué? ¿no le hablais?
(Dándole con el hombro.)
ORD. ¡Hola, tuno,
parece que te interesa!
MEL. Es que tengo muy gran priesa
de casar con ella en uno.
ORD. Luégo.
MEL. Acaben de *aluegar*,
que el asunto lleva largas.
ORD. Bien... (Entre cargos y cargas
me van la vida á quitar.)
Adios.—Termino la audiencia.
TIM. Que vaya contigo Dios. (Riendo.)
MEL. Adios, sol del pueblo, adios.
MARG. Adios... luna...
MEL. ¿De Valencia?
(Riendo maliciosamente, y diciendo que no con la mano.)

ESCENA III.

TIMONEDA, MARGARITA.

TIM. ¡Jé! ¡jé! ¡jé!... vamos, aquí.
(Haciéndola sentar á sus piés en una banquetita rústica.)
MARG. ¿Pues dó, si no á vuestro lado?
TIM. No te parece pintado
Melchor para esposo.
MARG. (Con indiferencia.) Sí...
TIM. ¿Conque sí? ¿Eh? ¡buena maula!
(Imitándola al decir sí?...)
MARG. No, para mí no le quiero.
Yo quisiera un caballero,
así... ¡un Amadis de Gaula! (Con entusiasmo.)

TIM. ¡Margarita! (Sobresaltado.)
MARG. Un infanzon
que diera terribles botes;
con su espada y sus bigotes
y su banda y su troton!
Un hidalgo, á quien si mal
le miran cien á la cara,
con todos ciento trabara
batalla descomunal.
TIM, ¡Ea, vamos!
MARG. (Con temor.) (Me vendí.)
No obstante, yo siempre ajusto
el mio con vuestro gusto.
(Con gazmoñería.)
Si á vos no os agrada ansí...
TIM. Bien, si consejo me tomas...
Melchor es un mozo honrado. (Sonriéndose.)
MARG. Ay, ¿abuelo, no habeis echado
agua á las pobres palomas?
(Huyendo la conversacion.)
TIM. Si... conque?...
MARG. Vaya, señor,
parece que os empalago.
Sólo hablais de ese... rey mago.
¡Melchor! ¡qué nombre! ¡Huy, Melchor!
TIM. Bien: dejémoslo. (Despues...)
MARG. ¡Qué padre tengo tan bueno!
¿Estais contento?
TIM. Estoy lleno
de gozo. ¿Pues no me ves?
—De los gustos que sentado
un viejo puede gozar,
no hallo gusto como estar
debajo de este emparrado.
La suavidad, la frescura
del aura que aquí se pierde;
esta sombra, esta luz verde
tan vaga, tan ténue y pura
que las fuertes tintas rojas
apaga, templa y suaviza
del rayo que se desliza
por entre dos verdes hojas,

y esas uvas que se orean
doradas y apetitosas,
y con su zumo orgullosas
lozanas se balancean
al arrullo peregrino
de brisas embalsamadas,
ansiando verse estrujadas
para convertirse en vino...
lo que inspiran yo no sé
á mi... vetusta guitarra;
(Sonriendo como no atreviéndose á decir lira.)
mas como no hubiera parra
si no naciera Noé,
y él plantado no la hubiera
si harto de agua no pensára
licor hacer que alegrára
lo que en el arca sufriera...
amante del nectar rubio
que todas las dichas fragua,
exclamo... «Bendita el agua
de aquel bendito diluvio (Con entusiasmo.)
que otros necios maldijeron,
y á la que doy mil *absolvos*:
¡benditos aquellos polvos
que tales lodos trajeron!»
(Haciendo la accion de empinar.)

MARG. ¡Abuelo! (Riendo.)

TIM. Ya ves que sueño
cual soñaba Anacreonte.
—Conque ea, risueña ponte,
que estoy alegre y risueño.
Con dos ojillos rasgados,
negros y un si es no bribones
—como esos dos picarones—
de negra seda velados,
que son hiel y son azúcar
segun hay risa ó querella,
y una empolvada botella
de Jerez... ó de Sanlúcar,
que por arreo y aliño
telas de araña se vista,
mientras las pone en la vista

¿quién no vive? ¿quién no es niño?
Contigo á mi lado, y sopa
en vino, no hay que me asombre.
Las compañeras del hombre
son la mujer y la copa.
(Mencigüela hace señas á Margarita desde el el foro.)

MARG. (¡Ah!) Pues bien. Ahora á almorzar.
Teneis, por mi mano asada, (Rapidez.)
una perdiz regalada
puesta al calor del hogar.
¿Y postres?... Tengo un tesoro.
La pera verde y jugosa,
la roja fresa aromosa,
la toronja como el oro.
Conque... á la mano de Dios
y... ¿quién dijo miedo?... ¡Á ella!
que allí espera una botella
que es aún más vieja que vos.

TIM. Vamos. (Con mucho gozo.)

MARG. Esperadme allá.
Mi chotico aún no ha almorzado.

TIM. No tardes. (¡Dios me la ha dado!
(Contemplándola loco de alegría.)
y Él sabe lo que se da!)
(Timoneda entra en la casa. Margarita corre al foro, en donde está Mencigüela, y bajan juntas corriendo asidas de las manos. Margarita con mucha ansiedad, Mencigüela con recelo. Dígase esta escena con entonacion, pero muy por lo bajo.)

ESCENA IV.

MARGARITA, MENCIGÜELA.

MARG. ¿Vístele?

MENC. Víle.

MARG. Bajo, no vengan.
(Haciéndola bajar la voz.)
Cuándo?

MENC. Hace poco.

MARG. Cuéntame, cuenta.
MENC. Con tres soldados
de gentileza,
llenos de plumas,
de oro y de seda,
largas espadas,
golas flamencas,
capas flotantes,
ricas cadenas,
iba el alférez
cual entre estrellas
sale la luna
de las tinieblas.
MARG. ¿Iba galano?
MENC. Quitaba penas.
MARG. ¿Y hombres tan solo
iban de él cerca?
¿Ninguna dama
mal encubierta
pasó á su lado
ó abrió una reja?
Deben quererle
cuantas le vean.
Yo que le he visto
¡nunca le viera!
MENC. Bajo, señora,
si nos acechan...
MARG. Habla... ¿No miras
que aliento apenas?
Nada me importa
que Luis no sea.
MENC. ¡Ay mi señora!
MARG. ¡Ay Mencigüela!
MENC. Cuando pisaba
calle ó plazuela,
damas gentiles,
lindas doncellas,
todas le echaban
miradas tiernas,
quién de balcones,
quién de las rejas.
MARG. ¿Y él las miraba?

Habla, no temas.
Él con los ojos,
del alma lenguas,
¿qué les decía?
¿Eran muy bellas?
¡Habla!... No, mírame.
¿Soy yo muy fea?

MENC. Sois como un ángel.

MARG. ¡Ay Mencigüela!

MENC. ¿Loca os tornades?

MARG. ¡Ay si lo fuera!
Enamorada,
que es mayor pena.
Cuando despierto (Transicion.)
y el alba apenas
entre las nubes
se despereza,
su voz escucho
que me enajena;
salto del lecho,
corro á la reja...
¡y es el suspiro (Con pena.)
que el aura deja
entre las flores
de mis macetas!
Bajo hasta el rio
por la alameda;
y allá en el soto
de las adelfas,
pienso mirarle
del agua cerca.
Y son las flores
de la ribera
cuyo traslado
Turia se lleva!
Ansí esta pobre
vive y alienta;
ansí se duerme,
y ansí despierta.
Se sufre amando;
el alma inquieta
vive en dolores;

pero estas penas,
yo que las siento
y muero de ellas,
por las mayores
dichas que sueñas,
yo que las siento...
no te las diera!

MENC. Bajo, señora,
celos te ciegan.
Cual me encargaste
voy á Valencia;
sígole siempre;
nunca pasea
la misma calle;
nunca á una reja
el ví parado;
no habló siquiera
con una dama
en mi presencia.

MARG. ¿De mí te ha hablado?

MENC. Mucho.

MARG. ¿De veras?
¡Qué buena eres! (Acariciándola.)
Cuéntame, cuenta.
¿Cómo me llama?
«¿Su sol, su estrella?»
¿dice mis ojos?»
Vamos, contesta.
¿Quizá «mi vida?»
«¿Mi dulce prenda?»
¿No es nada de eso?
¡Cómo soy necia!
«Mi Margarita.»
Sí, Mencigüela.
¿Qué más regalo
para su lengua
que el nombre mismo
de la que quiera?

MENC. Ansí os nombraba.
¡Con qué terneza!

MARG. ¿Tú se lo oiste?
¡Quién se lo oyera!

MENC. ¿Quereis oirlo?
MARG. ¿Pues no interpretas
lo que en mis ojos
hay de impaciencia?
MENC. ¿Quereis oirlo?
(Haciendo señal á Peralta.)
MARG. ¡Pregunta necia!
Por una frase
de amor siquiera,
por una sola
palabra tierna,
si mi alma pide
¡mi alma le diera!
(Peralta, que habrá aparecido momentos ántes en la parte alta de la derecha, baja lentamente y se coloca á su lado en este momento.)

ESCENA V.

MARGARITA, MENCIGÜELA, PERALTA.

PERAL. Con una mano
él se contenta.
¡Mi Margarita!
MARG. ¡Jesús!
(El primer movimiento es de alegría, despues retrocede.)
MENC. Sosiega.
MARG. Ahora... de dia...
¡y aquí... á mi puerta!...
Vete... si alguno
aquí te viera...
PERAL. Nadie nos mira.
MARG. Vete... ¿qué esperas?
Vete, ó iréme.
PERAL. Adios... (Dando algunos pasos.)
MARG. ¿Qué intentas?
¿Vaste?. . Un momento:
que yo te vea!
MENC. (Ó dos ó cuatro.) (Entra en la casa.)
PERAL. ¡Cómo eres bella!

ESCENA VI.

PERALTA, MARGARITA [1].

PERAL. Conque me quieres.
MARG. Estos lo dicen. (Por sus ojos.)
PERAL. Flor más lozana no hay en jardin,
no hay en el cielo mayor belleza
que en esos ojos de querubin.
MARG. ¿Conque te agradan?
PERAL. Me miro en ellos.
MARG. Voy á quererlos... (Con candidez infantil.)
PERAL. Hermosos son.
MARG. ¿No me hace fea la luz del dia? (Temerosa.)
Habla, que teme mi corazon.
(Con desden.)
PERAL. Brillan de noche más los diamantes.
MARG. Diamante firme soy en querer.
PERAL. Tú eres la rosa de la pradera,
que de la aurora toma su ser.
MARG. ¡Mi Luis! mi alma!
PERAL. ¡Mi Margarita!
MARG. Dí que me quieres.
PERAL. Muero por tí.
Ahora me abrasan aquí tus ojos:
muero de helado lejos de aquí.
Mírame y muera contento y loco
bajo el influjo de su calor,
que cual los dardos matan de heridas
tus ojos claros matan de amor.
MARG. Si tal hicieran...
PERAL. ¿Qué les harías?
MARG. Los arrancára.
PERAL. (Le toma la mano.) ¡Mi dulce bien!
MARG. ¡Qué poco juicio!... Deja la mano.

---

1 Tanto esta escena como la anterior deben recitarse con mucha pasion, rapidez y con cierta entonacion musical.

PERAL. ¿Ella no tiene culpa tambien?
MARG. ¡Jesús! qué loco!
PERAL. Fuílo con verte.
Deja que pueda mi ardor templar;
que se evapore dentro del beso
que entre los labios siento vagar.
Será tan puro como el suspiro
que das al aura pensando en mí;
como los sueños de tu inocencia;
como la imágen que tengo aquí.
MARG. ¡Qué malo eres! Vete... (Retirando la mano.)
PERAL. ¿Dejarte?
MARG. Sí, que mi padre te puede ver.
¡Ah! si me quieres como lo dices...
—Del pobre viejo soy el placer.—
Todo se arregla: pues nos queremos,
pues tú no puedes vivir sin mí,
ni yo sin verte, pide mi mano:
yo haré que padre diga que sí.
PERAL. ¿Cómo?... Tú olvidas que soy soldado...
Más tarde... (Muy cortado.)
MARG. ¿Bueno! Si te he de ver
yo me contento con ser tu novia
(Con ingenuidad.)
mientras que puedo ser tu mujer.
PERAL. —Entre naranjos y limoneros,
que ufano besa Guadalquivir,
(Estrechándole la mano con alegría.)
blanca casita llena de flores
espera un ángel que recibir.
Le dan perfume las auras ledas,
los ruiseñores tierno cantar...
Todo en mi fresca divina orilla
con su contento convida á amar.
MARG. Más lisonjera, más bella y pura
que la que arrulla Guadalquivir,
mansion que nunca abrió su puerta
mi amor te brinda para existir.
Le dan perfume las ilusiones,
amor la arrulla con su cantar...
¡es este pecho de amor henchido
en donde todo convida á amar!

PERAL. ¡Ah! ¡Margarita, me vuelves loco!
(Queriéndole besar la mano.)
MARG. Luis, ten más juicio, ténlo por mí.
PERAL. ¿Adios, mi cielo!
MARG. Adios... ¡Ah! (Al besarla Peralta.)
PERAL. Vuelve.
MARG. Que puro el aire lo lleve á tí .
(Arrancándose una flor que lleva al pecho, besándola y tirándosela desde la puerta de la casa con febril entusiasmo.)

ESCENA VII.

PERALTA, CAMPUZANO.

CAMP. ¡Hola! (Apareciendo en el foro derecha.)
(Ha vtsto la accion de Margarita.)
PERAL. ¡Campuzano!
CAMP. ¡Hola!
¡Bellos ojos! ¡linda traza!
Como un cielo es la rapaza.
Buen bocado! ¡y vive sola?
PERAL. ¡Sargento!
CAMP. ¿No? Te aconseja
quien sabe á lo que te atreves.
¿No es sola? No te la lleves
si has de cargar con la vieja.
PERAL. ¡Oh! (Recordando.)
CAMP. Cuando yo te lo digo...
Alférez, el ancla leva.
¡Que todas las hijas de Eva (Para sí.)
tengan culebra consigo!
PERAL. ¡Campuzano!
CAMP. Vamos, ven.
Me he cansado de esperar,
y te he venido á buscar.
He estorbado, lo sé bien;
mas es tarde y á las dos
nos habremos embarcado
si el almirante ha llegado.
PERAL. ¡Dejarla!

CAMP. ¡Cuerpo de Dios!
Si ella fuera sola... bien.
¡Pero viejas!... ¡mala siembra!
En Indias hay cada hembra
(Confidencialmente.)
que!... Vamos, alférez, ven.
PERAL. Á su lado héme olvidado
del objeto á que he venido.
CAMP. ¿Cómo?
PERAL. Ni aun me he despedido.
CAMP. Bien hecho. Me has imitado.
PERAL. Mas... (Desesperado.)
CAMP. Pues llama: esperaré. (Con indiferencia.)
PERAL. No puedo. (Desesperado.)
CAMP. Es verdad. Si tardan...
PERAL. ¿Dí, los soldados te aguardan?
(Asaltado por una idea.)
CAMP. ¿Pues no?
PERAL. Vamos. (Volveré.)
CAMP. Sí, mejor es evitar
el llanto. Eso desazona.
Tenía yo una patrona
hace un año en Gibraltar...
(Peralta no le hace caso y marcha como acabando de combinar su plan. Melchor sale por la derecha abajo y se detiene: al llegar á él Peralta quiere escabullirse.)
MEL. ¡Ah! (Junta de rabadanes,
muerte de oveja.)

ESCENA VIII.

DICHOS, MELCHOR.

PERAL. (¡Por Cristo!
si este dice que me ha visto
echa por tierra mis planes.)
CAMP. ¿Te paras? ¿qué haces? Contesta!
(Á Peralta desde el foro.)
PERAL. ¡Eh! (Á Melchor.)
MEL. ¿Á mí? (Queriendo escabullirse.)
PERAL. No te deslices.

Si que nos has visto dices,
(Asiéndole de una oreja.)
te corto ésta.
(Campuzano sin comprender palabra se encoge de hombros y tirándole de la otra oreja dice con sencillez cómica.)

CAMP. Y yo ésta.

(Melchor atónito no se mueve de la postura en que le dejaron llevándose las manos á las orejas. Ordoñez sale por la derecha abajo y se dirige á la casa de la izquierda.)

ESCENA IX.

MELCHNR, ORDOÑEZ, TIMONEDA, MARGARITA.

ORD. ¡Juan! ¡sal, Juan! Á él, un correo?
Mas... ¡Voto á sanes y Baco!
¿No me has visto, gran bellaco?
(Viendo á Melchor.)

MEL. No señor: yo nada veo.
(Signe con las manos en las orejas.)

MARG. (¡Se fué!) (Al salir.)

TIM. ¿Otra vez por aqui?

ORD. Sí, pero no es el deseo
quien me trae: es un correo
que ha venido para tí.

TIM. ¿Eh?
(Tomando un pliego que trae Ordoñez.)

ORD. Plegue á Dios que suceda
que no ande en esto la curia.

TIM. «Al Patriarca del Turia,
Leyendo con extrañeza.)
maese Juan de Timoneda.»

MEL. (¿Vais á hablarle?

ORD. Sí.)

MARG. Señor,
¿qué teneis?

TIM. Nada.

MEL. (¿Hablais?

ORD. Voy.)

MEL. Margaritica, aquí estoy. (Pasando á su lado.)

MARG. Sí, ya te he visto. (Con impaciencia.)
MEL. (Muy satisfecho.) Mejor!
ORD. ¿Qué es ello?
(Á Timoneda, que lee radiante de gozo y llorando y riendo de alegría.)
TIM. No es nada, nada.
Sino que á mis años todo
se toma de... ansí... de un modo...
¡Oh! ¡qué vejez tan honrada!
MARG. Pero?...
TIM. Felipe tercero
sus bodas ha celebrado
en Valencia. Por contado:
ya lo sabeis.—Lo que quiero
decir... lo que aquí me llega...
(Por el corazon.)
—No temais, esto no daña.—
Es la honra que me hace España!
¡Ved! ¡firma Lope de Vega!
«Los ingenios epañoles (Leyendo.)
abren lid noble y reñida...»
¡Y quieren que los presida!
¡La niebla rigiendo soles!
«Vos sois el primero aquí. (Vuelve á leer.)
venid á darnos consejos.»
Yo honré de mozo á los viejos:
¡los mozos me honran á mí!
ORD. Bien!
TIM. El Señor mi fé acoge;
este es el premio del bueno.
La honradez es buen terreno;
quien en él siembra, recoge.
MARG. ¡Qué gozo! ¿Conque hemos de ir
á Valencia á ver las fiestas
que están para el rey dispuestas?
Y vos vais á presidir! (Con alegría infantil.)
TIM. No, no iremos.
(Estremeciéndose al oir á Margarita.)
ORD. ¿Cómo no?
MEL. Pues Margarita...
TIM. (Con entereza.) Esto pasa.
Más sabe el loco en su casa...

MARG. (¡Y Luis irá!) Bueno, yo... (Con sumision.)
TIM. ¿Á la ciudad ir deseas
lo que dejas sin mirar?
Allí el bien no has de encontrar
que perfuma las aldeas.
Vive en estas soledades
donde la verdad respira.
Huyendo de la mentira
Dios se va de las ciudades.
MEL. ¡Verdad! (Si he de ser su yerno,
ganemos su voluntad.)
ORD. Algo hay de eso. Ello es verdad.
que yo allí no soy gobierno.
TIM. ¡Vamos! (Queriendo dejar la conversacion.)
ORD. Á otra cosa, sí.
Tratemos de...
MEL. (¡Tio, tio!)
(Tirándole del capote ó anguarina.)
ORD. De Melchor, sobrino mio.
MEL. Eso es, tratemos de mí.
TIM. Bien. (Sonriéndose.)
ORD. Él tiene empeño expreso
en ser de tu nieta esposo.
¡Tú no estarás orgulloso
porque te hayan hecho.... ¡eso!
Y si lo estás... ¿qué hay perdido?
Toros bravos poco braman.
Si á este tambien no le llaman
es porque no es conocido.
Porque no es tonto! y no en balde
comenzó á aprender lectura!
y por casarse no es cura!
¡Digo! y tiene el tio alcalde!
Conque... á la mano de Dios.
No te ruego aunque este clame;
que el buey suelto bien se lame,
y hombre escueto anda por dos.
Conque... dí *sí* ó *no*, á escoger,
y enojarle no receles,
que mientras haya cordeles
no necesita mujer.
TIM. Margarita, ya has oido. (Sonriéndose.)

MARG. Yo...
TIM. Si á tu gusto se aviene,
lo que es á mí me conviene.
MEL. ¡Y á mí!
ORD. ¡Pues ya!
MEL. ¡Haré un marido...
TIM. Yo poco he de vivir... Nada
me duele dejar la tierra.
—Voy al cielo.—Mas me aterra
dejarte desamparada.
Melchor no ha de darte enojos;
de mí no te apartarás.
Si casas fuera y te vas
¿quién me cerrará los ojos?
¿Qué quieres?... Mis años frios
me hacen para mí pedir:
quiero al morirme sentir
tus labios sobre los mios,
y dejarte sin recelo
de que tu inocencia empañen,
y que tus lágrimas bañen
las mejillas del abuelo.
Vas á darme esa alegría;
ya el *sí* en tus labios escucho.
Sí, si tú me quieres mucho,
¿no es verdad, hijica mia? (Acariciándola.)
ORD. ¿Cómo? Se hace de rogar.
¡Chiquia... chiquia! ¿qué imagina?
Un troncho de mozo ansina
¿dónde le vas á encontrar?
¿Es quizá porque en Valencia
ese Lopico ó Lopuelo
ha hecho á tu señor abuelo
¡eso! de la presidencia?
Pues yo mando aquí. Si... ¿estás
sin que nadie me conteste;
y aquí haré yo ¡eso! á éste,
y cuanto hay que ser, y más.
PERAL. ¡Ah, de la casa! (Dentro y con voz ruda.)
MEL. (Figura que lo ve.) (¡Ay de mí!)
TIM. ¿Quién?
ORD. Son soldados.

MARG. (¡Gran Dios!)
MEL. Soldados, sí; y entre ellos... dos
á quienes yo nunca ví.
(Llevándose las manos á las orejas.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, PERALTA, CAMPUZANO, soldados.

PERAL. La paz de Dios. ¿Darán agua
para unos pobres soldados,
que vienen muy fatigados...
y ardiendo como una fragua?
(Mirando á Margarita.)
MARG. (¡Luis!)
TIM. Sí tal. No ha de faltar
refresco, aunque indigno sea,
que á quien por mi paz guerrea
gusto yo de agasajar.
PERAL. ¡Rapaza!
(Acercándose á Margarita con marcial desenvoltura.)
TIM. No con tal mengua.
¡*Señora*! que viejo y todo,
á quien le hable de ese modo
sabré arrancarle la lengua.
PERAL. Perdonad.
(Descubriéndose y acercándose con respeto á Margarita.)
TIM. Por perdonado. (Con sequedad.)
PERAL. Señora?...
TIM. Ansina: hablad cuerdo;
que en lances de honor me acuerdo
de que tambien fuí soldado.
—Dales que beban y coman.
Á Margarita con dulzura. Vase Margarita, que á poco sale con Leonarda y Mencigüela. Traen bandejas con confituras, y búcaros con agua.)
PERAL. Avergonzado me dejas.
TIM. Ya pasó.
MEL. (¡Anda! Toma orejas.

En donde las dan, las toman.)

MARG. (Yo bebo en este.)
(Ap. á Peralta, presentándole un búcaro.)

IM. ¡Á beber! (Á los soldados.)

PERAL. (Voy de Valencia á partir
y me vengo á despedir.)

MARG. ¡Ah! (Dejando caer el búcaro.)

TIM. ¿Qué es eso? (Corriendo hácia ella.)

ORD. ¿Qué, mujer? (Id., id.)

MARG. Nada, nada.

CAMP. ¡En marcha!

PERAL. ¡Adios!
(Se va lentamente seguido de los soldados. Ordoñez y Melchor se alejan como para verlos partir. Leonarda y Mencigüela se habrán ido momentos ántes. Margarita permanece en los brazos de Timoneda.)

TIM. ¡Hija mia! ¡Hija adorada!

MARG. ¡Yo me muero!—¡Nada, nada!
(Á los otros que se acercan. Al oirle decir ¡nada, nada! Melchor y Ordoñez se vuelven al sitio que ántes ocupaban.)
Llevadme á Valencia. (Muy por lo bajo.)

TIM. ¡Dios!...
(Aterrado y comprendiendo de un golpe.)
¿Desprecias por vanidades
al que trabaja y paz goza?
Más vale hacer una choza
que deshacer mil ciudades!
(Margarita quiere dirigirse al foro y Timoneda le indica que entre en su casa.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Alameda de Valencia preparada para las fiestas de las bodas de Felipe III. El primer término lo ocupa una glorieta adornada vistosamente con banderas y trasparentes. Á derecha é izquierda arcos triunfales con vasos de colores é inscripciones alegóricas.—Del segundo término parten tres calles, cerradas por las copas de los árboles como la glorieta.—Por la del centro se descubre parte de la ciudad iluminada y el Turia, cuyas murallas baña con sus distintos puentes, tambien iluminados, que se reproducen en las aguas.—La calle de la izquierda está cortada á bancales, resultando así el final de ella á bastante más elevacion que el primer término. La de la derecha conduce á una de las puertas de la ciudad. De las ramas de los árboles penden infinidad de lámparas formadas de flores y bombas de colores.—El pisó de la glorieta cubierto de cesped.—Algunas fuentes y juegos de agua.—Al levantarse el telon salen por el foro infinidad de damas y caballeros, soldados, aldeanos, vendedores y gente del pueblo de todas clases, que siguen una comparsa de baile al son de las bandurrias. Al llegar al primer término, los caballeros y las damas se colocan en distintos grupos; los unos de pie, los otros sentados en asientos de tijera y sobre alfombritas que traen los criados. —Gran animacion: se mezclará el sonido de las bandurrias

y panderos con los acordes de una orquesta lejana.—Muchas damas y caballeros visten trajes caprichosos, y llevan cubiertas las caras.—Durante las primeras escenas se ven de cuando en cuando los reflejos de distintos colores de los fuegos artificiales. Bailan una jota acompañados de las bandurrias y triángulos.

ESCENA PRIMERA.

Damas, caballeros, villanos, villanas, máscaras de ambos sexos, gentiles hombres del rey, soldados, alguaciles, corchetes, ORDOÑEZ, MELCHOR y BERRUECO que salen por la derecha primer término: visten trajes grotescos.

ALG. Todo está en calma. Adelante,
siga la ronda. (Váse.)
MEL. ¡Ay! (Mirando á todas partes.)
ORD. ¡Mastuerzo!
no te pares ni te admires,
que dirán que eres del pueblo.
MEL. ¿Del pueblo? ¡Sí! Me parece
que ojo ha de tener esperto
quien me lo conozca. ¡Eh? (Á Berrueco.)
Cascabeles, no estoy hecho
con este aquel y estas truchas
(Por las trusas.)
un muy galan caballero?
BER. Que no quiero que me llamen
(Muy enfadado.)
Cascabeles. Soy Berrueco.
MEL. ¡Ay! ¡Mira, mira qué damas!
¡Lo que traen en el pescuezo!...
(Por las golas de abanico.)
ORD. Sobrino, que no te admires;
que estás deshonrando el pueblo.
MEL. ¡Anda! anda, Cascabelicos!
si tú cogieras aquellos

que esa lleva en la cabeza,
(Por la joya del erizon de una dama.)
para frontal del Lucero,
¡qué buey tan majo tendrías!

ORD. ¿Y esto en Valencia es festejo
(Con desprecio.)
de casamiento real?
(Vuelven á salir los alguaciles por el foro.)

BER. ¿Alguacilicos en esto?

MEL. ¡Toma, de todo!

ORD. ¿Y yo sándio
venido soy por modelo
para hacer fiestas al rey
cuando pase por el pueblo?
Lucecicas... juegos de agua...
y aquí fin tiene mi cuento.
¡No sino que yo no hiciera
en la aldea más que ellos!

BER. Alcalde, qué fiesta hareis? (Muy eentento.)

ORD. ¡Poca cosa! Aquí la tengo.
(Dándose en la frente.)
Mira. En cuanto llegue el rey
se echa el esquilon á vuelo;
el toro de mi sobrino (Á Berrueco.)
con cuerda á la calle echo,
y Mingo lo rejonea (Á Melchor.)
desde el asno de Berrueco.

MEL. ¡Lindo! Y tenderemos juncia,
y enramadas mil pondremos,
y estarán las calles todas
llenas de salvia y romero.

ORD. ¡Digo! y si parece poco
hablo al cura y á los clérigos,
y la procesion del Córpus
echo á la calle y *Laus Deo*!

BER. ¡Anda! Cómo rabiarán
aquí en Valencia al saberlo.

(Atraviesa por segundo término una cuadrilla de recitantes, vestidos con trusas de colores muy vivos y formas exageradas, llevando uno de ellos un palo y en la punta de éste tres vejigas infladas, pendientes de tres cuerdas, con cuyo instrumento

dará golpes á infinidad de chiquillos que los siguen con gran algazara.)

MEL. ¡Ay, mira! ¡Los recitantes!
¡Jé! ¡jé! ¡jé! ¡aquel de enmedio
es el bobo! (Rie.)

ORD.
BER. } ¡Jé! ¡jé! ¡jé!...

MEL. ¡Cómo me alegra á mí esto!

ORD. ¡Pues calla! Si Timoneda
quiere hacer un paso de esos
que él saca allá de su mente,
en... ¿cómo se llama?... ¡en verso!...
se va á armar una... ¡Tú y yo
al rey lo recitaremos!

MEL. ¡Y que yo no tengo ropa (Mirándose.)
para ese lance! ¡Ni ingenio!
Y Margaritica en viéndome...
Nada. Decid al rey luégo,
que vaya allá cuando quiera,
que Melchor ya está dispuesto.

(Al dar una vuelta tropieza con una Dama algo entrada en años, que lleva un guarda-infante ó tontillo de mayores dimensiones que los más exagerados miriñaques que ahora se usan. Un caballero muy grave la da la mano, y dos pajes la siguen con faroles, banquetilla y alfombra.)

DAMA. ¡Que me estruja el guarda infante!

MEL. Guarda... ¿qué?

DAMA. Plaza, grosero.

MEL. Perdone, vueseñoría;
como uno no está muy hecho
á esas anchuras, y hay tantas
mojigangas en los fuegos,
penséme que useñoria,
ansí Dios me lleve al cielo,
era la campana gorda
de la iglesia de la Seo.

VARIOS. ¡Já! ¡já!

DAMA. ¡Bellaco!—¡Marido!
Marido, ¿no mirais esto?
¡Se me están mofando!

GALAN. (Aplicando el oido.) ¿Eh?

LG. ¿Riña?
Hagamos que no la vemos.
(Vánse corriendo.)

GALAN. Mi mujer y yo gastamos (Á Melchor.)
en trajes porque podemos.

DAMA. Y esto la virtud defiende,
que es traje muy mucho honesto.
Conque... (Irritada.)

ORD. (Mediemos.) Señora,
Melchor es un majadero,
que bien dice con las hembras
de esa falda el aparejo.

DAMA. Sí, buen hombre.

ORD. Ello es verdad
que ansí encareceis el lienzo:
mas de las hembras tratando,
algun sabio hizo ese invento,
que á quien es de aquí ligera (Por la cabeza.)
bien le está hácia abajo el peso.
(Lo arreglé.)

DAMA. ¡Oigan el menguado!
¡Marido?

GALAN. ¿Eh?...

DAMA. (Á Ordoñez.) El salvamento
llevais en que es... algo sordo.
Llevadme, esposo, á los fuegos. (Gritándole.)
¡Al fin, al fin, gentecilla
de pueblo!

GALAN. (Á su mujer,) Ese caballero
habla bien.

DAMA. (Furiosa.) Vamos.
(Vánse: tras ellos los espectadores, que se burlan del lance, y Berrueco, que los capitanea.)

ORD. (Á Melchor.) ¡Lo ves!
¡Ya nos llamaron del pueblo!

ESCENA II.

DICHOS, TIMONEDA, LOPE DE VEGA.

LOPE. Yo os sostengo.
(Aparecen por la parte alta del fondo.)
TIM. Carga es leve
diciembre para el abril.
(Bajando.)
ORD. Chist... (Al verlos, á Melchor.)
TIM. Corre el año de mil
quinientos noventa y nueve.
Lope, este siglo se va;
y yo que nacer le ví
me voy con él; para tí
pronto un siglo empezará.
Pero ese siglo, que ciega
con su sol de viva lumbre,
dicho por la muchedumbre
siglo de Lope de Vega,
no cien años durará,
segun va á ser de fecundo,
que mientras exista el mundo
su luz clara alumbrará.
LOPE. Señor... (Con respeto.)
TIM. Mi tiempo... aquí yace.
¿Qué más da? ya otro está abierto.
¿Qué somos? Un siglo muerto
que se apoya en el que nace.
—¿Hola?... (Á Ordoñez y Melchor.)
ORD. (Acercándose.) ¡Juan!
TIM. (A Lope.) Ven, hijo, ven
Estos desde tiempo luengo
son los amigos que tengo.
LOPE. Mios lo serán tambien.
ORD. (Saluda.) (Á Melchor.)
LOPE. Yo me confieso
muy suyo.
ORD. Señor galan,
mande usiría. (Dí, Juan,
¿es ese el que te ha hecho... ¡eso!?)

TIM. (Sí.) Con ellos, con mi nieta,
mis librejos y mis flores,
aún da á veces resplandores
la luz del viejo poeta.
Cuando de la noche el hielo
viene la tierra á enfriar,
sentados cabe el hogar
les leo mi *Patrañuelo.*
Breves corren los instantes;
y aunque me esté mal decillo,
reimos un chascarrillo
de *Alivio de caminantes.*
Otras noches, ya cansados
de lectura y discrecion,
corre la conversacion
sobre mis tiempos pasados.
Refiero allí los verdores
de mi alegre vida inquieta,
mis delirios de poeta,
mis pesares, mis amores... (Riendo.)
Y ansí la velada aliño,
y ansí miro atrás de lejos,
y por mis ojos tan viejos
corren lágrimas de niño.

LOPE. ¡Oh! (Conmovido.)

TIM. Sale á plaza el anhelo,
que á otro alguno no hay que ceda,
conque yo y Lope de Rueda,
(Quitándose el sombrero.)
que Dios se ha llevado al cielo,
soñábamos en crear
para esta, que aún idolatro,
patria mia, ese teatro
que hoy por tí miro brillar.
¡Qué delirio! ¡qué calor!
¡Rueda de la noche al dia
escribía: yo escribía
de un albor hasta otro albor!
Al cabo, no sin zozobra,
ni sin rasgar muchos pliegos,
vimos de entusiasmo ciegos
terminada nuestra obra.

¡Qué dia aquel! ¡Oh! ¡qué instantes!
Rueda, que por siempre brilla,
juntó luego una cuadrilla
de alegres representantes.
Casa dejó y porvenir
por la gloria que hoy deseas,
y por ciudades y aldeas
fué la luz á difundir.
Y ora en sala prevenida,
ora en retirado valle,
ora en medio de la calle
sobre una manta extendida;
ya en soberbia catedral,
ya en la plaza, en un tablado
¡por sus manos levantado!
ya en un palacio real...
Dó quier que encontraba oidos
á que dejar su memoria
recitaba ébrio de gloria
nuestros trabajos queridos...
Y el pueblo, que palpitantes
sus sentimientos miraba,
«Ahí va la farsa, gritaba,
plaza á los representantes.»
Y loco de gozo oía
con aplauso nunca corto...
y es que saludaba absorto
¡al teatro que nacía!
Mira, pues, si te querremos
los que de entónces vivimos,
que en pañales te le dimos
y hombre en tus manos le vemos.

LOPE. ¡Padre!

TIM. ¡En cuánto me excedeis!
Hice poco: esta lo llora. (Por la cabeza.)

LOPE. **No sois poeta de ahora,**
pues no alabais lo que haceis. (1),
¡Quién cual vos!

TIM. Mucho me subes.

---

(1) Lope. En *La discreta venganza.*

LOPE. Mas hace haciendo una torre
quien con el cimiento corre
que el que la eleva á las nubes.
TIM. Calla, que no piensan tal
los que hoy poesía aprenden.
LOPE. **Si juzgan lo que no entienden,**
claro está que juzgan mal.
Es ciencia que el que hoy comienza
dice que él solo lo sabe,
y que del más cuerdo y grave
habla con poca vergüenza.
Defecto del no saber;
que el que comienza à pintar
es imposible igualar
al que le enseña á tener
los pinceles en la mano;
y así vereis mil personas
poetas... de pintar monas
llenos de arrogancia en vano. (1)
TIM. Dejémoslo. Quiero hablar
en cosas de puro gozo.
—Ven, Melchor. ¿Ves este mozo,
que es la nata del lugar?
MEL. Para serviros, sí soy.
ORD. (¡Cómo se lo parla el tuno
á lo letrado!)
TIM. Este es uno
de quien abuelo á ser voy.
MEL. Y á mucha honra.
ORD. Sí tal...
que no es heredado en balde,
y es sobrino de un alcalde,
que soy yo!
TIM. ¡Tal... para cual.
(Á Lope, sonriéndose.)
No le espante la eleccion
en quien sabe de fortuna,
aunque Margarita aduna
hermosura y discrecion.

---

(1) Lope. En *La discreta venganza.*

que no pretendo que sea
dama de brillo fugaz,
sino que goce de paz
en el fondo de un aldea.
Tendrá mi preciada flor
vida y muerte en su aldehuela,
que el pájaro que más vuela
no coge el grano mejor.
Marido de pecho sano
dóile lejos de ciudad,
dóile ansí tranquilidad,
en el mundo... el mejor grano.

LOPE. Cuerdo hablais.

MEL. Cuerda previno
mi afan por si no... y madero,
que juro á Dios que la quiero
como la col al tocino.

LOPE. Ved si puedo ir á avisar,
pues entre amigos estais,
al rey, de que nos honrais
en la liza singular.

ORD. ¡Al rey! (Saluda.) (Á Melchor.)

TIM. Del modo
que te plazca sea.

ORD. ¡Pues!

LOPE. Adios.

ORD. Están á sus piés
la hacienda, y la vara y todo!

TIM. Adios.

LOPE. Pasada que sea
media hora, aquí esperad
que os lleve á dó vuestra edad
honor de la nuestra sea. (Váse.)

ESCENA III.

TIMONEDA, ORDOÑEZ, MELCHOR.

MEL. Conque al fin ha consentido
Margarita en ser... (Muy alegre.)

TIM. Sí, sí.
Diz que se guía por mí.

MEL. ¿Por qué no la habeis traido? (Enojado.)
TIM. Por eso. Yo como viejo
sé lo que es más conveniente.
ORD. ¡Hombre, me espanta esta gente
que siempre pide consejo!
Yo de por mí y ante mí
he dispuesto para allá
unas fiestas... ¡Qué estas.... cá.
¡Ya verás! ¡Aquello sí!
TIM. ¡Conque ahora pedir evitas
un consejo de interés!
Pues mira, Blas, ahora es
cuando más lo necesitas.
ORD. ¡Yo!
TIM. ¿Para perpetuar
tan fausto acontecimiento,
querrás fiesta y movimiento...
y obeliscos levantar?
ORD. ¡Pues!
TIM. Pues mira, yo presumo
que esos fuegos que á hacer van,
humo son, humo serán,
y no darán más que humo.
Esos arcos altaneros,
que hoy mira la turba ufana,
harapos serán mañana
que no querrán los traperos.
¿Estás? De tantas funciones,
tanto lujo y alegría,
no habrá cuando pase un día
recuerdo en los corazones.
¿Quieres firme monumento
alzar en esta ocasion?
Pues haz una buena accion
que no se la lleve el viento.
ORD. Cierto. Si yo fuera rey
y batiera plata y cobre,
no habría pariente pobre.
¡Se acabó! Hacía una ley...
Mas... ¡bah, bah! Si no nos vieran
á los demas como hormigas...
Son tan...

TIM. Calla, no prosigas.
¡Oh, si los reyes supieran!
En tu falta de experiencia
juzgas que los reyes son
seres de otra condicion.
Tambien tuve esa creencia.
Entré en palacio: hácia atrás
torné la vista espantada;
mas los ví de cerca... y... nada,
hombres como los demas.
Su corona de gran brillo
con diamantes y oropel,
un sillon alto, un dosel,
luégo el leon y el castillo;
un baston un poco más
corto del que á muchos ves,
y despues... nada... despues...
¡hombres como los demas!
Sus enemigos, que son
los que de esto hacen un cargo,
hablan ansí, y sin embargo,
dictan su contradiccion.
Por todas partes proclaman
que allá en las régias mansiones
hay sólo malas pasiones,
que los príncipes no aman;
que en su ambicion sólo fijos
no respetan ni á sus madres;
que no hay hijos para padres
que no hay padres para hijos...
Esto y más decir oirás
como una verdad probada;
pero nada, Ordoñez... nada,
hombres como los demas.
Hombres con nuestros afectos,
con iguales corazones,
con idénticas pasiones,
con virtudes, con defectos;
que de estos ó de otros modos
son padres, hijos y hermanos...
Como todos los humanos,
hombres, en fin... como todos!

ORD. Dices bien.
TIM. El mal del rango
está en verlos desde el suelo,
porque ó se les sube al cielo
ó se les hunde en el fango.
Muy alta es su posicion,
muy pequeños nos verán;
ojos, sí, les faltarán;
pero... ¿por qué corazon?
ORD. Sí.—Conque vamos á ver.
—Y ese asusto por dejado.—
¿El nuestro queda arreglado?
MEL. ¡Eso! ¿Tengo yo mujer?
TIM. Sí.
ORD. ¡Sí! ¿y qué la vas á dar? (Muy bajo.)
MEL. ¡Tio! (Tirándole de la capilla.)
ORD. Calla, mala siembra.
Píldora es al fin la hembra
y se la debe dorar.
TIM. Lo mio suyo ha de ser.
Conque mira...
ORD. No te asombre;
porque el hombre al fin... es... hombre,
y la mujer,..
TIM. Es mujer.
ORD. Más no hablemos.
(Empiezan á pasar de derecha á izquierda las máscaras, soldados, pueblo, etc., etc.)
TIM. Sí, no es justo.
ORD. ¡Anda! Ya á los fuegos va
la gente. Vamos allá.
TIM. Bien.
MEL. ¡Yo su esposo! ¡qué gusto!
TIM. Mas tornemos en un vuelo,
á fin de que aquí nos tope
cuando por mí venga, Lope.
ORD. ¡Claro está!
MEL. Venid, abuelo.
(Dándole el brazo. Se dirigen á la izquierda: de entre la multitud que atraviesa la escena, salen Peralta y Campuzano.)

ESCENA IV.

PERALTA, CAMPUZANO.

CAMP. Alférez, pues que á la flota
aún no llegó el almirante,
penas divierte un instante.
El mundo es una pelota.
¿Comprendes? Ya la levantas,
ya cae. El gozar es todo.
PERAL. ¡Sargento!
CAMP. Estar de ese modo
por una mujer... ¡Hay tantas!
¡Vente á los fuegos! Allí
siempre algo bueno se topa...
¡Y en Valencia hay una tropa!...
¡Vamos! Imítame á mí.
PERAL. Sargento, yo no me sé
lo que por mí esté pasando.
Cual siempre galanteando,
con Margarita topé.
Llenóseme el corazon
del más puro sentimiento;
y mi antiguo atrevimiento
tuvo en ella conclusion.
CAMP. ¡Pues! ¡Claro está! te hizo mella...
Una tuve yo en Granada...
PERAL. Estoy por romper la espada
y quedarme aquí con ella.
CAMP. ¡Lindo! ¡Y casarte!
PERAL. Ea ansí.
CAMP. Pudiera echarte una homilia;
mas callo en... ¿Y á tu familia,
qué cuentas le das de tí?
PERAL. ¡Oh! (Confundido.)
CAMP. Por Cristo santo y *Vero*!
Que en tan necios tratos ande
segundon de casa grande
que acaso será heredero?
PERAL. Pues eso me desespera.
CAMP. Medios hay...

PERAL. ¿Los tienes tú?
CAMP. ¿No nos llevan al Perú?
Pues hacerla perulera.
PERAL. ¡Robarla! No.
CAMP. ¡Ese desden
cuando procuro tu calma!
Allá tu alma tu palma.
Yo lo dije por tu bien.
PERAL. Nunca amaste.
CAMP. En los cuarenta
friso... Mira: no te engaño.
—¿Que no amé?—Á ciento por año...
(Contando por los dedos.)
Anda, ve echando la cuenta.

ESCENA V.

DICHOS, MENCIGEÜLA, trae mascarilla.

MENC. Cé... (Llamando á Peralta desde lejos.)
CAMP. ¿Reina mia? (Corriendo hácia ella.)
MENC. (Señalando á Peralta.) Es á aquel.
CAMP. Pero escucha.
MENC. (Empujándolo.) Hágase á un lado.
CAMP. Hombre, otra no me ha pasado
desde que piso el cuartel.
PERAL. Á mí, amores?
MENC. ¡Aventura!
Cierre vuesarced el pico
y escuche aparte un ratico.
PERAL. ¿Pero á mi?
MENC. No sino al cura.
CAMP. Yo hago aquí la centinela. (En el foro.)
PERAL. Mis ojos, si buscas fuego,
á otro vé, yo te lo ruego.
MENC. ¿Me conoces? (Se descubre.)
PERAL. ¡Mencigüela!
MENC. Señor alférez, callad.
De en cas su abuelo escapada,
Margarita aquí es llegada.
Intenta en su ceguedad
despedirse, y de ello en pos

morir, pues que tanto os quiere,
—¡y aún hay quien de amor se muere,
que es un milagro de Dios!—
Conque pronto. Al sargentazo
llevaos haciendo cejos;
y en teniéndole algo lejos
dadle un soberbio esquinazo.
Venid, que aquí esperará.

PERAL. La vida me das por Dios.

MENC. Conque, mi alférez, adios. (Se cubre la cara.)
Centinela, alerta.
(Á Campuzano, en tono marcial.)

CAMP. ¡Está!

PERAL. Vámonos. (Á Campuzano.)

CAMP. Adios, amores. (Á Mencigüela.)
¿Á los fuegos? (Á Peralta.)

PERAL. Sí.

CAMP. ¡Sí?

PERAL. (Vánse por la calle del foro.) Sí.

CAMP. (Pues señor, lo convencí.)

ESCENA VI.

MARGARITA, MENCIGÜELA.

MENC. ¡Florera, aquí compran flores!
(Llamando desde el primer bastidor y con tono ligero, Margarita viste un traje caprichoso de florera, blanco y adornado de guirnaldas de flores de azahar y granado. Trae un cestito con flores, y la cara cubierta con una mascarilla.)

MARG. Qué miedo he pasado sola.
¡Por qué he venido! (Se quita la máscara.)

MENC. Ya es tarde
para mostrarse cobarde.
Alma tened de española.

MARG. ¡Hay tanta gente!...

MENC. Y bien, qué?
(En tono ligero. Rapidez.)
Pecho al agua, y sed valiente.
¿Nos ha de comer la gente?

Pues entónces... Cuando esté
solo, dice que vendrá
como un rio por su cauce.
Yo estaré allí bajo el sauce;
(Señalando á la izquierda.)
en hablándole, id allá.

MARG. Si en casa me echan de ménos...

MENC. ¡Bah! La Leonarda dormía;
¡y armaba una algarabía
con sus ronquidos tan llenos!
Hasta el dia no lo deja;
el ser vieja ya es fortuna.
¡Debían ahorcarla á una
ántes que llegara á vieja!

MARG. Pero mi abuelo...

MENC. ¡Bah! ¡Bah!
Ese no piensa en dormir.
Se ha venido á divertir,
y hasta el alba no se irá.
Libres somos. Si al tornar
ver quiere á su Margarita,
se la haya acurrucadita
y durmiendo... sin roncar.
(Riendo maliciosamente.)
Viene: os dejo. Bastan dos
(Mirando al foro izquierda.)
para lances de esta laya.
Duro en él, que no se vaya,
y haced las paces, y adios.
(Se besan y desaparece Mencigüela por la izquierda abajo. Peralta sale por el foro izquierda tambien.)

ESCENA VII.

PERALTA, MARGARITA.

PERAL. ¡Ah!

MARG. (¡Dios me acuda!)
¿Qué aguardas? Llega.

PERAL. ¡Mi Margarita!

MARG. ¡Tuya y me dejas!

PERAL. Cuando en el cuerpo
la muerte fiera
la sangre ardiente
en nieve trueca;
tambien el alma
del cuerpo vuela.
¡Así te dejo!

MARG. ¡Pero me dejas!

PERAL. ¡Yo!...

MARG. Bien has dicho,
bien te lo piensas.
Tú eres el alma
que libre vuela:
yo soy el cuerpo
que busca tierra.
¡Vete!

PERAL. ¡Dejarte!

MARG. Vete y no vuelvas.
Busca favores,
busca ternezas;
si esta aldeana,
ruda labriega,
quiso cual quieren
en el aldea,
tan sin cuidado,
tan sin reserva,
que era más tuya
que tu alma ciega...
si fué amorosa,
si fué tan tierna,
harto la pagas,
harto la premias,
bien la quisiste,
bien te lo aprecia...
¡que en ese tiempo
vivió siquiera!
(Ahogada por las lágrimas.)
Muerta la hallaste...
¡déjasla muerta!
Vete y no llores
por su terneza...
Pronto en olvido

puedes ponerla,
que las indianas
quieren de veras!

PERAL. ¡Ay de quien parte!

MARG. ¡Ay de quien queda!

PERAL. La mar me llama
con sus tormentas.
(Con el más rudo dolor.)
No por tesoros
ni ricas piedras
de la India vírgen
voy á las selvas.
No las ardientes
caricias tiernas
de las indianas
buscan mis penas.
La voz terrible
de la tormenta,
que por las cóncavas
bóvedas negras
de ardiente nube
ronca resuena...
llama á los mares
á mi galera,
y á mí me arrastra
y en sí me lleva!

MARG. ¡Ay, alma mia!

PERAL. ¡Ay, dulce prenda!

MARG. ¿Cuándo es mi muerte?
¿Mañana?

PERAL. Aún queda
á esta agonía
más larga tregua.
Ido el mañana,
cuando alborezca
el otro dia,
desde el aldea
oirás, mi cielo,
nuestra sentencia,
el cañonazo
fiero de leva.

MARG. ¿Y cómo vivo

sin tu presencia?

PERAL. ¿Eso preguntas!

MARG. Tú ¿cómo piensas
vivir sin verme?
¡que yo lo aprenda!

PERAL. El indio bravo
tiene saetas;
la india salvaje (Con desesperacion.)
sol que envenena;
la mar salada
tumbas abiertas!

MARG. ¡Oh! ¡No te vayas! (Grito de terror.)

PERAL. Honor lo ordena.
Mira mis ojos,
—los tuyos seca.—
Dios que las manda
templa las penas.
Sábelo al cabo.
Si no me fuera,
nunca el cariño
que me enajena
en tiernos lazos
logrado viera.
Sangre de grandes
hierve en mis venas.
Raza orgullosa,
raza altanera,
que más que el águila
su vuelo eleva,
dióme esta vida...
¡que no pidiera!
Nunca esa gente
que escudos sueña
consentiría
que tuyo fuera.
¡Te amé! Olvidéme
de mi grandeza.
Ahora que es tarde,
¡bien se me acuerda!
Perdon. Olvídame.
En otro atenta
hoy y mañana

y un año piensa.
Ansí algun dia
tal vez le quieras.
Sí!... fácilmente
otro hombre encuentras
que más que un triste
tu amor merezca;
mas... ¡dó hallar otro
que más te quiera!
¡Adios! (Bruscamente.)

MARG. ¡Luis mio!

PERAL. ¡Adios!

MARG. ¡Me dejas!
¡Y es para siempre!

PERAL. ¡Sí... sí!

MARG. Aún no suena
el cañonazo
fiero de leva.
¡Aún existimos!

PERAL. Habla y ordena.

MARG. Aún ¡un mañana!
de vida resta.

PERAL. Bien. Como siempre.
(Estrechándole las manos y alejándose.)

MARG. Tómala y besa.
(Tendiéndole la mano.)

PERAL. ¡Oh! (La besa.)

MARG. Vete.

PERAL. ¡Mi alma! (Se separan.)

MARG. Contigo vuela!

PERAL. ¡Ay, de quien parte! (Ya separados.)

MARG. ¡Ay, de quien queda! (1)
(Ahogados por el llanto.)

---

(1) Mucha entonacion en esta escena.

ESCENA VIII.

MARGARITA. Se deja caer en un asiento que hay á la izquierda. Ligera Pausa.

¡Nada! ¡Una lágrima
que aquí me quema!
(Besándose la mano que le besó Peralta.)
¡Nada! ¡Estoy sola!
¡Sola en Valencia! (Con terror.)
Yo tengo miedo.
Gente se acerca. (Risas dentro.)
Sí, sí, en el sauce...
(Mirando hácia la puerta por donde se fué Mencigüela.)
¡Ah! ¡Mencigüela (Desesperacion.)
no está! Volverme...
Si yo pudiera...
¡Esa algazara!...
¡Oh! (Se pone la máscara.)

CAMP. ¿Prenda, prenda?...
(Poniéndole la mano en el hombro. Salen por el foro izquierda. Vienen medio ébrios.)

ESCENA IX.

DICHA, CAMPUZANO, OFICIALES.

CAMP. Si es que busca compañía,
aquí está el sargento de una
que sabe hacerla, fortuna!
MARG. ¡Por Dios! (Temblorosa.)
CAMP. ¿Miedo, reina mia?
OFIC. ¡Já! ¡já! (Señalando á Campuzano.)
MARG. Dejad. (Aturdida y muerta de miedo.)
CAMP. No entre fieras
te encuentras; no te alborotes.
Si es que asustan los bigotes
(En tono picaresco.)
se les ponen bigoteras.
MARG. Señores, por Dios!

OFIC. ¡Já! ¡já!
CAMP. ¿Reis? ¿Pensais que la asusto
y no enamoro á su gusto (Á los Oficiales.)
porque he bebido? ¡Ya, ya!
Pues Campuzanico es barro.
Á la prueba.—Reina mia, (Á ella.)
por tí elige compañía,
merézcate el más bizarro.
OFIC. ¡Bien!
CAMP. Anda. Elige y desfila
con quien te plazca, sol mio.
Ve. Toda es gente de brío.
MARG. (¡Ay mi casita tranquila!)
CAMP. ¡Atencion!
MARG. Hidalgos...
(Aterrada y en tono suplicante.)
TODOS. Bien!
CAMP. Sigue. ¿Qué quieres? ¿Qué pasa?
MARG. Quiero... ¡Quiero ir á mi casa!
CAMP. Si no está muy lejos... ven.
(Queriendo tomarle la mano.)
OFIC. No, no: conmigo.
CAMP. ¡Bah, bah!
(Á sus compañeros apartándolos.)
—Con quien tú quieras, amor. (Á ella.)
Mas ántes... dame... (Yendo á abrazarla.
MARG. ¡Oh! ¡Favor!
CAMP. ¡Rapaza!
MARG. ¡Socorro!—¡Ah!
(Corre hácia la izquierda en el momento en que aparece Timoneda y se ampara de él. El ¡Ah! es reconociéndole y separándose aterrada)

ESCENA X.

DICHOS, TIMONEDA.

TIM. (¡Esta voz!... no, no!) Señores,
¡que es dama!
(Adelantándose y descubriéndose.)

CAMP. Buen viejo, apártese.
TIM. Ya veis que de mí se ampara.
CAMP. No más palabras al aire.
Esa es prenda de soldado.
Ea, llevarla dejadme.
TIM. ¿Á una dama!
(En tono de dulce reconvencion.)
CAMP. ¿Llamais dama
á quien con máscara sale
de noche y sola á este sitio?
Si la viérais poco hace
con un alférez aquí
como desde esotra calle
la vimos! (Confidencialmente.)
TIM. (¡No, no es ella!)
Si es ansí, dejad que marche
dó quiera, y compadecedla.
Dejadla.
CAMP. ¡No!
(Cogiéndola del brazo y forcejeando con ella.)
MARG. (¡Padre!)
(Soltándose y corriendo hácia Timoneda. Muy por lo bajo.)
TIM. (¡Oh!)
MARG. (¡Padre!)
TIM. ¡Rayo de Dios! ¡Atrás todos!
(Fuera de sí y haciéndola pasar con violencia al otro lado, donde cae de rodillas.)
CAMP. ¡Já! ¡já! ¡já! Será su amante.
SOLD. ¡Já! ¡já!
TIM. (¡Si quien es sospechan
mi honor!...) ¡Jé! ¡jé! ¡jé! ¡Diantre!
Disteis en ello. ¡Jé! ¡jé!...
(Risa apenas perceptible.)
Bien sé que á mis navidades
no está bien... Mas ello es fuerza
echar una cana al aire:
¡jé! ¡jé!... Reid... yo me rio...
(¡Rie tambien, miserable!)
(La inmensa dificultad de estas transiciones hace inútiles las advertencias para el actor que no las sienta. El que la comprenda ninguna necesita.)

CAMP. ¡Lindo! ¡Me agradais! (Acercándose.)
TIM. ¡más lejos!...
¡más lejos!...
CAMP. (Riendo.) ¡Celos!
TIM. Del aire
se tienen en esta edad! (Riendo.)
(¡Oh! ¡la he de matar!) Apártense.
(Con ferocidad al ver que se acercan.)
—¡Jé! ¡jé!... Ya veis, nieve y fuego...
No haga el diablo... ¡Idos! ¡Dejadme! (Id.)
CAMP. ¿Y es cariñosa?
TIM. ¡Ella!!...—Si... (Rie.)
Si... Mucho... (¡Rie, infame!)
CAMP. Pues... os la pega. (Dándole en el hombro.)
TIM. ¿Qué has dicho!
CAMP. ¡Já! ¡já!... ¡Qué efecto le hace! (Á los suyos.)
TIM. (Cogiéndole por el brazo.)
¿Qué has dicho?
CAMP. ¡Soltad!—Lo cierto.
TIM. ¡Habla!
CAMP. Le hierve la sangre.
(Riendo, y á los suyos.)
Está celoso.
TODOS. ¡Já! ¡já!
(La risa de Campuzano y de los Oficiales debe cuidarse que sea poco ruidosa.)
TIM. ¿Pero acabas... miserable? (Apretándole.)
CAMP. ¡Eh! que no soy el alférez
que á la damisela place.
TIM. ¡Ah!
MARG. (¡Padre!
TIM. ¡Calla!!) ¡Idos, idos!
(Con feroz energía al ver que se acercan de nuevo.)
CAMP. ¿Sin ver la doncella andante?
(Campuzano dice esto interrogando á sus compañeros; ellos con la cabeza indican que no. Timoneda aterrado se dirige á ellos en tono suplicante pero con entereza.)
TIM. ¡Deshonrar á su familia
mostrando el rostro culpable!
¡No! ¡Desprecio para ella!
¡Compasion para su padre! (Muy conmovido.)

OFIC. ¡Já! ¡já!...

TIM. ¡Respetad mis canas!

OFIC. ¡Já!...

TIM. ¡Reid, reid! ¡cobardes!!

(Se lanza al grupo de Oficiales despues de sacar la espada con suma dificultad. Su brazo apenas puede sostenerla, y cuando un Oficial con desdeñosa sonrisa se la sujeta, su mano se abre y deja caer la espada. Campuzano se dirige á Margarita, la coje del brazo y quiere arrastrarla tras sí. Un momento ántes habrán salido algunos del pueblo que rodean á los interlocutores. En este momento se abre paso por entre ellos Lope de Vega, y cogiendo por el brazo á Campuzano, se interpone entre él y Margarita; algunos contienen á los soldados.—Mucha rapidez; todo ello es un cambio de figuras, y la lucha de un cuarto de segundo.—Lope empieza á hablar inmediatamente.)

ESCENA XI.

DICHOS, LOPE DE VEGA.

MARG. ¡Ah!

LOPE. (Con solemnidad.)

Es honrar à las mujeres
deuda à que obligados nacen
todos los hombres de bien,
por el primer hospedaje
que de nueve meses deben,
y es razon que se las pague. (1)

CAMP. ¡Oh!

TIM. ¡Lope!

(Saliendo del estado de desesperacion en que estaba sumido, y buscando un refugio en los brazos de su amigo. Margarita escucha con estupor y como si nada comprendiera.)

---

(1) Lope. *El premio del bien hablar.*

LOPE. Es honrar las canas
deber de quien bueno nace,
¡que quien viejos no respeta
no sabrá honrar á sus padres!
Que en vejez al tiempo vence (1)
dijo de este el gran Cervantes;
quien ante él no se descubre
es un villano, un cobarde!
(Movimiento de Campuzano al villano. Lope, que se apercibe de él, le dice cobarde con mayor fuerza. Todos se descubren lenta y respetuosamente.)
Acompañad á esta dama
mientras los corrijo, padre.
(Á Timoneda con dulzura.)
Vamos, y callen las bocas,
y lenguas de acero hablen,
¡que donde palabras sobran
temo que las obras falten! (2)
(Pone mano á la espada, é indica á Campuzano y á los Oficiales que salgan por la derecha; él los sigue, despues de haberlo abrazado Timoneda, él lo besa en la cabeza y váse; el pueblo los sigue.)

ESCENA XII.

MARGARITA, TIMONEDA.

Timoneda mira á todas partes fuera de sí, y cerciorado de que están solos, se arroja hácia Margarita, y le arranca la máscara. Margarita aterrada, con los ojos desencajados, pero secos, se dirige á su padre, cuyo furor crece por momentos.

TIM. ¡Ah!... ¡Villana! ¡Infame!

---

(1) Cervantes hablando de Timoneda en los baños de Argel.

(2) Lope. *El premio del bien hablar.*

MARG. (Secamente.) ¡Padre!
Aunque todo se conjura (Entrecortada.)
contra mí, yo soy tan pura
como pura fué mi madre.

TIM. ¿Eso, infame, osas decir
cuando mi cólera estalla?
¡Ora!
(Bajándose con suma dificultad y cogiendo su espada.)

MARG. ¡Padre!

TIM. ¡Calla, calla!
¡Vas por mi mano á morir!
(Apoyándose en la espada.)
¡No esperes! Fuerza y valor
me da la divinidad.
¡Manchando mi ancianidad
has ofendido al Señor!

MARG. ¡Padre! ¡ved qué vais á hacer! (Temblando.)
Bueno y santo habeis vivido.
¿Porque á Dios yo haya ofendido (Rapidez.)
le vais, señor, á ofender?

TIM. ¡Ah! (Dejando caer la espada.)

MARG. Dios no tiene rencores; (Como inspirado.)
Dios nunca ha dicho «¡matad!»
Lo que sí ha dicho, es «¡rogad!
¡rogad por los pecadores!» (Con solemnidad.)
—Ahora haced ya lo que os cuadre.
Mi pena á morir convida. (Llorando.)

TIM. ¡Hija mia! ¡Hija querida!

MARG. ¡Padre! (Grito de alegría.)

TIM. ¡Tu padre! ¡Tu padre!

(Desde el ¡Ah! anterior, que debe ser una aspiracion continuada que el temblor sostiene, Timoneda experimenta una emocion, que el autor en vano trataría de explicar al actor que no la sienta; esta situacion de angustiosa lucha, termina por la resolucion marcada en ¡Hija mia! ¡Hija querida! que es un grito ahogado, pero un grito

del alma que se desentiende de las prescripciones del mundo, para entregarse á los sentimientos naturales. «¡Tu padre!» «¡Tu padre!» es entrecortado, besándola, riendo, llorando; dominado sobre todo por un temblor convulsivo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion reducida en el piso alto de la casa de Timoneda.—Los muros son bajos y blancos.—El techo una armadura de tijera muy pesada.—Balcon al foro con puertas vidrieras y antepecho de madera.—En el balcon hay tiestos de flores: de uno de ellos se eleva una enredadera que figura que sube al guardapolvo y baja sirviendo casi de cortina.—El alfeizar del balcon un poco más elevado que el piso de la sala.—En lontananza horizonte de noche.—Una puerta á la derecha y otra á la izquierda con hojas de tableros de maderas oscuras y jambas de lo mismo.—Los huecos reagruesados.—El piso de azulejos valencianos.—Toda la sala tiene un zócalo bastante alto de los mismos azulejos.—Á cada lado del balcon un estante rústico sin hojas, con libros encuadernados en pergamino.—En los muros trofeos de caza y armas antiguas, entre ellas un arcabuz.—Taburetes de baqueta con respaldos altos y estrechos.—Dos sillones de brazos tambien de cuero, una mesita de piés salomónicos y chambrana de hierro.—Sobre la mesa varios libros y una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA.

TIMONEDA, MARGARITA, LEONARDA. Timoneda sentado á la izquierda. Margarita á sus piés y ocultando la cabeza entre sus manos que están apoyadas en las rodillas del abuelo, que la contempla con los ojos arrasados en lágrimas. Leonarda llena de curiosidad interroga á Timoneda, que le contesta con sequedad.

LEON. ¿Vuesa merced no se acuesta?

TIM. No.
LEON. Pues las ánimas dieron
hace rato.
TIM. Si te hallas
acometida del sueño
irte puedes. No haces falta.
LEON. ¡Eso es! Todo el dia oyendo
que en esta estancia encerrados
cuchicheais con misterio,
y al ser la noche llegada
cuando en lo que tratan pienso
algo entender, despedirme!
Acortad, si os place de ello
mi soldada; haced que sirva
hasta al cuártago y al perro;
pero dejad que pregunte,
que escudriñe.—¿Estais enfermo?
TIM. No.
LEON. Tal yo me imaginaba.
¿Conque hay asunto secreto?
(Acercándose y bajando la voz.)
TIM. Vamos!
LEON. Lo que me digais
cuenta haced que en pozo ciego
sepultado queda. Yo
no gusto de ir por el pueblo
contando, ni preguntando...
¡Ay!... ¡preguntar! Ni por pienso.
Dios nos libre y nos defienda
de un pregunton indiscreto!
—Conque. . ¡qué os pasa?
TIM. ¡Leonarda!
LEON. No, pues vos ibais contento
anoche á Valencia.—Y dígame,
¿visteis al rey? ¿Es mancebo
tan gallardo como dicen?
Sí será; ¡guárdele el cielo!
Yo ví á su padre... ¿Y la reina?
¿Iban muchos caballeros
en su compaña? ¿Estuvisteis
en las danzas y en los fuegos?
—Ello es que risueño fuisteis

y no tornasteis risueño.

TIM. ¡Margarita!

(Sin hacer caso de Leonarda é imponiendo silencio á Margarita, que solloza.)

MARG. Señor padre... (Sin alzar los ojos.)

TIM. Vamos...

LEON. (Á Margarita.) Sí, dejaos de eso.
Al fin y al cabo esas cosas
se remedian con el tiempo.

TIM. ¿Qué? (Sobresaltado.)

LEON. ¿Qué? Eso es lo que quisiera
saber yo.—Fué allá ¿no es cierto?
Si lo dije!—Mas, señor,
agora que lo recuerdo,
¿no dijisteis que ibais solo?
Dígame, ¿pues cómo luégo
os llevásteis á la nieta
mientras yo estaba durmiendo?

TIM. ¿Eh? ¿Qué dices? (Fuera de sí.)

LEON. No, no digo
que algun honesto recreo
esté mal á las doncellas.

TIM. Bien; vete, vete...

LEON. Yo pienso
que allá habeis tratado algo
con Melchor del casamiento.
Hoy ha venido tres veces;
pero habíades dispuesto
que á nadie pasar dejára...
¡Ay, Jesús! Ya he dado en ello.
¡Habeis reñido en Valencia!
Pues es claro.—Y ese cielo
llora por aquel pelgar...
Es verdad: al fin habiendo
mediado ya lo que media...
Pues! se toma algun afecto
y... Mas calmad, hija.—Hija,
no hagais salva al sentimiento
por tal cosa, que á Dios gracias
no faltan aquí mancebos.
No, sino que yo llorára
con rostro tal y tal cuerpo

por Melchorico! Hija, hija!

TIM. ¡Te vas!

LEON. Señor...

TIM. Vete presto.

LEON. Ya voy, voy: no se enfurezca.
Dios les guarde y dé buen sueño.
(¡Ay, que no llegue yo á vieja
si he de ser como este viejo!)
(Váse por la derecha.)

ESCENA II.

TIMONEDA, MARGARITA.

MARG. ¿No dormis, señor?
(Despues de un momento de silencio.)

TIM. ¿Dormir,
Margarita, sobre abrojos!
¡Cuando se cierren mis ojos
no se volverán á abrir!

MARG. ¡Padre!

TIM. ¡Qué bien hizo Dios
en llamar á sí á tu madre!
La pobre... ¿Y tu pobre padre?...
Bien se están allá los dos.
—Ácabemos: todo el dia,
tus lágrimas enjugando,
he estado aquí suplicando.
No cuentas de la honra mia
te pido. Acaba de hablar.

MARG. ¡Hablar!

TIM. ¿Quién es ese hombre?

MARG. No lo sé, padre.

TIM. ¡Su nombre!

MARG. ¡Perdon! Lo debo callar.

TIM. Margarita, al darme Dios
tan rudos pesares, dióme
fuerzas y mozo tornóme;
de calma dotóme en pos:
ve qué senda te se abre
que mi honor pague el escote.
No hay pozo que no se agote

ni roca que no se labre.
Mi calma acaba, ¿te asombras?
Eso y más se necesita.
Margarita, Margarita,
por última vez, ¿le nombras?

MARG. ¿Le vais á matar?

TIM. ¡Si, sí!
¿Te espanta? ¿Su sangre artera
es acaso la primera
que se ha vertido por tí?

MARG. ¡Por piedad!

TIM. ¿Lo que es sé yo
piedad en mi duelo insano?
¡Lope ha cortado la mano
que á tocarte se atrevió!

MARG. ¡Perdon!

TIM. ¿Quién es ese hombre?

MARG. No puedo. ¡Le quiero, padre!

TIM. ¡Por el alma de tu madre! (Ya fuera de sí.)
¿me quieres decir su nombre?

MARG. ¡Yo! Si sangre esa ley fria
del honor os pide agora,
en este pecho que adora
venid á buscar la mia!
¡Herid! no temais que huya
el golpe que me asesteis:
¡si sangre suya quereis
toda cuanta tengo es suya!
(Margarita presenta el pecho. Timoneda retrocede aterrado.)

ESCENA III.

TIMONEDA, MARGARITA, ORDOÑEZ.

En este momento aparece Blas Ordoñez en la puerta de la derecha con el semblante descompuesto. Cree sólo á Timoneda, se adelanta hácia él, y al ver á Margarita, trata de dominar su emocion.

ORD. ¿Juan?

TIM. (¡Oh! silencio.) ¿Qué?
(Lo primero con severidad á Margarita; el ¿qué? á Ordoñez, incómodo.)
ORD. (Indicándole á Margarita.) ¡Juan!
TIM. ¿Qué? (Seco.)
ORD. Que es fuerza que me acudas
en ciertas terribles dudas
que fin á mi vida dan.
Á orilla estoy de un abismo.
TIM. Déjame.
ORD. ¿Yo?... ¿Qué es dejarte?
Necesito hablarte, hablarte
á solas, y ahora, ahora mismo.
TIM. ¿Ahora?
ORD. Y sin más detencion,
si haces de mí algun aprecio.
TIM. ¿Ahora mismo?
ORD. Sí.
TIM. (Este necio...
llega en gentil ocasion.)
(Con risa sarcástica.)
Mañana.
MARG. (¡Mi frente arde!)
(Que habrá permanecido sentada y ocultando la cabeza entre las manos.)
ORD. ¡Mañana!... No, no; deliras.
Tú no sabes, tú no miras...
(Dando rienda suelta al dolor.)
TIM. Mañana.
ORD. ¡Mañana es tarde!
TIM. Deja, ¿á mí quién me entromete?
ORD. ¿Pero tú no ves mi cara?
(¡Se trata de mi honra!...)
(Llevándoselo aparte y con profundo dolor.)
TIM. Para:
¡de tu honra! (¡Ay de mí!) ¡Vete!
(Se dirige hácia Margarita rápidamente y la dice en tono brusco vete. Esta sin atreverse á mirarle á la cara, le coge con timidez la mano, se la besa y se marcha por la puerta izquierda. Ordoñez va á hablar. Timoneda le detiene y cierra la puerta por donde se marchó Margarita. Mucha impa-

ciencia en Timoneda durante esta escena. Las digresiones de Ordoñez le exasperan continuamente.)

ESCENA IV.

TIMONEDA, ORDOÑEZ.

ORD. ¡Juan! (Llorando.
TIM. ¡Calla! (Cierra la puerta izquierda.)
ORD. Hay para matarse.
(Se enjuga las lágrimas.)
TIM. Nadie.—Bajo y con temor;
que en estos casos de honor
ni uno mismo ha de escucharse.
(Despues de pasear una mirada por la estancia.)
ORD. Sí, sí.
TIM. Acaba.
ORD. Tú eres viejo,
bueno, entendido, leal;
sabes del bien y del mal.
Tú me darás buen consejo.
—Tengo tres hijas doncellas,
aunque en espera de bodas;
pero tan garridas todas
que me estoy mirando en ellas.
La Isabel es una flor,
Juana vale más que pesa;
¿pues y mi Vicenta?... esa
digo que no la hay mejor.
Tú las conoces tal cual:
¡Válame Dios y qué hermosas!
Tres palomicas, tres rosas,
tres rebujicos de sal.
El traslado de su madre,
el afan de todo mozo,
la envidia del pueblo, el gozo
y el orgullo de su padre.
Porque son principios fijos,
Por más que digan, ¿verdad?

no da Dios felicidad
(Movimiento de Timoneda.)
como tener buenos hijos.
Ello es cierto, son gran traba,
pero yo al verlas me arrobo
y me rio como un bobo,
y se me cae la baba.
(Risa mezclada con el sentimiento que le preocupa.)

TIM. ¡Blas!

ORD ¡Es verdad, es verdad!
(Volviendo de su distraccion y casi llorando.)
Voy al caso. Hablando en ellas
me olvido de mis querellas.
Voy al caso.

TIM. Brevedad.
(Con entereza y sequedad.)
Es mancha tan firme y grave
aquella que á honor ataca,
que si al punto no se saca
ya no hay agua que la lave.

ORD. Entiendo.

TIM. (Muy conmovido.) ¡Sé cuál sonroja
esa mancha singular!
(Despues de pasarse la mano por los ojos, como queriendo olvidar lo suyo, y dirigiéndose con ferocidad á Ordoñez.)
¿De qué pozo hay que sacar
para lavarla agua roja?

ORD. Oye. El caso es peregrino.

TIM. ¡Habla! (Con rapidez.)

ORD. Me falta poder.
¡Válame el santo Ferrer
y nueso Dios uno y trino!
(Variando de tono. Insensiblemente va olvidándose de su situacion y entregándose al relato que hace con la mayor sencillez y como si nada le afectara.)
Tú sabes que mi arrozal
tiene una cerca de piedra,
que ansina que Turia medra
con las lluvias en caudal

le pone freno. Pues bien,
mi guarda Martin Fitor
y mi sobrino Melchor,
—que algo tuyo es ya tambien,—
me avisaron dias há
que cada mañana hallaban
señales de que escalaban
algunos la cerca. Ya
en casa más de una vez
notamos que mi mastin
ladraba y el de Martin
como á cosa de las diez.
Pues señor. Antes de ayer
viene Martin á buscarme,
y despues de saludarme,
—que él entiende su deber,—
me dice: «Trago más bilis
que Job el del muladar:
no puedo al mozo topar,
y en este caso hay *busilis*.»
¡*Busilis*! ¿Estás?—Yo hablo
así por te referir
el caso.—Voy al decir.
No sé lo que ese vocablo
significa en lengua ajena,
ni por saberlo me apuro;
mas *busilis* de seguro
no puede ser cosa buena.

TIM. ¡Vamos! (En el colmo de la impaciencia.)

ORD. Voy. Dígole: «guarda,
ó en mis cosas tienes cuenta,
ó hago guarda á mi jumenta
y á tí te pongo la albarda.»

TIM. ¡Blas! Blas!

ORD. Pues para abreviar.
Supe que el ladron entraba
cada noche: lo que hurtaba
no se pudo averiguar.
Una hora ántes de la queda
saltar la cerca le vían,
mas muy luégo le perdían
entre la espesa arboleda.

Por fin, anoche, ligero,
Martin le corrió al pasar
las moreras: al entrar
ahora, encontró allí un sombrero
que anoche sin duda el viento
robó al vil en la carrera...
¡y entra aquí la lastimera
parte de mi triste cuento!
El sombrero no es sencillo,
sino rico por demas;
y he hallado en él ademas,
así... á guisa de cintillo
una trenza de cabellos
de la misma igual color
del de mis hijas. Valor
me ha faltado para vellos,
que no á robar mis haciendas
con tal sombrero se viene;
mas quien tal prenda en él tiene
robado me habrá otras prendas!

TIM. ¿Y qué?
(Fuera de sí, pero procurando dominarse.)

ORD. Las diez van á dar.
(Conteniendo el llanto á duras penas.)

TIM. ¡Por el santo de mi nombre!...
¿Y qué?

ORD. ¿Y qué, Juan? Que ese hombre
tornará en mi casa á entrar.

TIM. ¿Y qué!!!

ORD. Loco con tal trago
no sé qué hacer. Tú eres viejo
y honrado, dame un consejo.
(Al honrado se estremece Timoneda.)
¿Qué hago, Juan; dime, qué hago?

TIM. Ordoñez!
(Con todas sus fuerzas y mirándole ferozmente.)

ORD. Si aquesto pasa,
¿qué debo hacer no barruntas?

TIM. ¡Yo!

ORD. ¿Qué hago?

TIM. ¿Eso preguntas?!
¿No hay arcabuz en tu casa?

ORD. ¡Ah!
(Comprendiendo todo el valor de la frase y marchándose decidido despues de dar la mano á Timoneda con efusion.)

ESCENA V.

JUAN DE TIMONEDA.

Este tambien!—Canas mias,
canas ayer veneradas
y hoy por otro mancilladas.
¿Qué valen miles de dias,
qué un siglo de bien hacer,
si por delicias livianas,
en un instante, mis canas,
os deshonra una mujer?
—¿Deshonrado yo? ¡Esto pasa!
¡Que esto el mundo me atribuya!
¡Porque otro queme la suya,
han de quemarme mi casa!
¡No, mundo! tal ley no es pía
ni bueno quien la consiente.
Baje el culpado la frente,
que yo levanto la mia.
Aquí no hay manchas livianas
ni deshonra, ni impureza.
Yérguete altiva, cabeza,
con tu corona de canas.
¡Que pésie á la injusta ley
que tu vergüenza pregona,
tu blanca y noble corona
vale más que la del rey!
—Sí; mas no tocando á mí
yo mismo ¡yo! ¡no he juzgado
á ese pobre deshonrado!
Juan, todos piensan así.
Hasta yo! ¿Hay que conformarnos
con esto? Señor, Señor,
no hay, ¿no ha de haber más honor
que el que el mundo quiera darnos?

Y Blas duda de su afrenta.
—¡Quién dudára!—¡Y yo sin juicio
resolví sobre un indicio
qne prueba fiel no presenta!
¡Yo tan prudente... tan viejo!
¡Oh! ¡por mí, ciego y demente
quizá muera un inocente!
¡Qué fácil es dar consejo!!
. . . . . .
¿Qué vértigo, qué demencia
me hizo ansí no ver la luz?
¡La bala de su arcabuz
me va á herir en la conciencia!
¡Oh! corro á le detener.
¡Margarita! ¡Mi sombrero! (Llamando.)
¡Mi capa! ¡Pronto! ¿Qué espero?
Voy... Corro...

ESCENA VI.

TIMONEDA, MARGARITA.

MARG. (En la puerta.) ¡Padre!
(Margarita cree que el estado de sobresalto de su abuelo es sólo por su falta; por lo tanto está temblando.)
TIM. ¡Correr!
(Deteniéndose fatigado y conociendo su impotencia. Quiere seguir, tropieza y cae sobre otro sillon que hay enmedio de la escena.)
MARG. ¡Señor padre! (Cerca de la puerta.)
TIM. ¿De qué modo?
(Sin oir á su hija y con amargura.)
¡Ay mis años ya pasados?)(Con dolor.)
¡Lengua pronta y piés pesados?
La imágen del mundo todo!
(Con horrible sarcasmo y como despreciándose. Margarita se acerca á él.)
¿Margarita?
(En este momento la ve y se dirige hácia ella.)
MARG. (Con temor.) ¡Padre!

TIM. ¡Ven!
(Con resolucion y señalando á la puerta derecha .)
Ayúdame.
MARG. ¿Pero á dó
va vuesa merced? (Atónita y con terror.)
TIM. (Fatigado.) ¡Yo! ¡yo!...
MARG. Salir no ha de estarle bien.
(Señalando al balcon.)
Mire, el cielo está sombrío,
da pavor de nebuloso.
TIM. (Con dolor reconcentrado.)
¡Más escuro y tenebroso
está el pensamiento mio!
Vamos. (Secamente.)
MARG. (Temblando.) ¡Téngase, señor!
Mire sus años; lo escuro
de la noche; el cierzo impuro
y húmedo.
(Deteniéndole con tono suplicante.)
TIM. Ven.
(Sin oirla y dando algunos pasos; ella lo detiene llorosa, pero siempre sin mirarlo á la cara, y todo con cierto temor suplicante.)
MARG. Por favor.
TIM. Ayúdame. (Decidido.)
MARG. Si ansí trata
su vida, y quiere morir,
no puedo en ello venir;
no le obedezco.
TIM. ¡Insensata!
(Con acento terrible.)
MARG. Perdóneme el Dios del cielo
y vos ante quien me postro.
(Cayendo de rodillas.)
TIM. ¡Insensata! ¿en ese rostro
no tienes ojos?
MARG. ¡Abuelo!
(Aterrada al reparar en su cara.)
TIM. ¿En éstos no miras junto (Por sus ojos.)
cuánto horror hay? ¡No lo advierte!
¡Tú no verías la muerte
en los ojos de un difunto! (Apartándose.)

MARG. ¡Piedad! ¡perdon!
TIM. No es de tí
de lo que agora se trata.
Ven. Si tardamos lo mata...
y sobre mí, sobre mí
caerá su sangre, ven, ven.
¡La prueba no es suficiente;
va á morir injustamente
acaso!
MARG. (Rapidez.) ¿Pero quién? ¿quién?
TIM. Un hombre. ¿Qué importa el nombre?
ni cómo lo he de decir?
(Con un arranque brusco.)
¡Cuando un hombre va á morir
es un hermano, no un hombre!
MARG. ¡Oh! ¡por piedad, por piedad!
TIM. ¡Escucha! Es un desdichado (Fatigado.)
que yo á muerte he condenado.
—Aquí, en nuestra vecindad,
un hombre la cerca escala
cada noche al dar las diez.
MARG. Sí, sí, acabad de una vez. (Mucha rapidez.)
TIM. Temiendo que intencion mala (Casi ahogado.)
abrigue contra su honor,
Blas Ordoñez como á viejo
me ha demandado consejo.
MARG. ¡Y qué habeis dicho, señor!
TIM. Las diez pronto van á dar,
hora en que vendrá el coitado.
MARG. ¿Mas qué habeis aconsejado? (Fuera de sí.)
TIM. ¡He aconsejado... matar!
MARG. ¡Ah!
TIM. ¿Qué tienes?... ¿qué te pasa?
MARG. ¡Corramos, volemos! ¡oh!
Ese hombre no va allí.
TIM. ¿No?
MARG. ¡Ese hombre viene á esta casa!
TIM. ¡Oh! ¡tu justicia proclamo,
gran Dios!
MARG. ¡Qué auxilio reclama!
TIM. ¿Conque es ese el que me infama?
MARG. ¡No, padre, es el que yo amo!

TIM. ¿Y te atreves?... Suéltame.
MARG. Con su llanto corre el mio;
cuando él sonrie, sonrio;
cuando él muera, moriré.
Padre, padre, ceded ya...
¡Pronto á esa maldita casa!
¡Este tiempo que se pasa
es mi vida que se va!
TIM. ¡Ven!...—No... Sin saber quién era
dí el consejo por que muere.
La mano de Dios le hiere,
dejemos á Dios que hiera.
MARG. ¡Padre! En él mi vida está;
si el pecho teneis de roca,
matad á esta pobre loca,
pero salvadle!...
TIM. ¡Hija!
MARG. ¡Ah!
(Oyendo la primera campanada. Pausa durante la cual dan las diez en un reloj de torre lejana muy pausadamente y con ronco sonido.)
TIM. ¡Hija! (Muy bajo.)
MARG. (Id.) ¿Habeis oido?
TIM. Sí...
parece que esa campana (Helado.)
tocaba á muerto. ¡Hija!
MARG. ¡Es vana
mi esperanza! ¿Padre?
TIM. Dí.
MARG. ¡Conté mal! Calmad mi pena.
Se oye mal en esta sala.
(Como queriendo engañarse á sí misma.)
TIM. ¡Si se espera una hora mala
esa es siempre la que suena!
MARG. ¿No ois rumores fatales? (Muy bajo.)
Sí... contened el aliento.
(Poniéndole la mano en la boca.)
TIM. Nada temas. Es el viento
que zumba entre los morales.
MARG. ¿No ois?
TIM. Sí. ¡Ya se percibe!
MARG. Quizá es tiempo todavía.

Corramos.

TIM. (Decidiéndose.) ¡Sí, sí, hija mia!

MARG. ¡Vírgen! Jesucristo!

(Lo primero como dando gracias; lo segundo, con terror oyendo el ruido.)

TIM. ¡Oh!

(En el colmo de la desesperacion.)

MARG. ¡Vive!

(Loca de alegría. Aparece Peralta en el balcon. Las puertas al abrirse dan en un mueble. Peralta se queda helado como una estátua al ver á Timoneda. Margarita quiere correr hácia el balcon, y Timoneda la detiene y la hace pasar al otro lado sin soltarla del brazo. Peralta permanece en el alfeizar del balcon.)

ESCENA VII.

TIMONEDA, MARGARITA, PERALTA.

MARG. ¡Luis!

TIM. ¿Me quieres deshonrar!

(Muy bajo, tapándole la boca con la otra mano, y con los ojos fijos en Peralta.)

MARG. ¡Padre!...

TIM. ¡Viejo desdichado!
¡Muerto le hubiera llorado! (Para sí.)
¡Vivo... le debo matar! (Ligera pausa.)
—No hay joyas... Como novicio
dado en vago el golpe habeis.
¡Y es lástima! Pareceis
muy jóven para este oficio.
Despojadnos. No habrá riña:
no requirais el... *trabuco*,
sólo hay... un viejo caduco
y una mujer casi niña.
¿Quereis, por si ella os recuerda,
matarnos? Matad por Dios!
Esas son cuentas que vos
ajustareis con la ¡cuerda!
(Con el mayor desprecio.)

PERAL. ¡Oh!... ¡Vive Dios! (Da algunos pasos.)
MARG. ¡Compasion! (Á su padre.)
TIM. Pronto, ved que la asustais.
PERAL. Pero... ¿por quién me tomais?
TIM. Claro está... por un ladron.
PERAL. ¿Á mí?
TIM. ¿Pretendeis quizás
porque os lo llamo afrentarme,
cuando venis á robarme
la prenda que vale más?
PERAL. ¡Oh!...
MARG. (Á Luis.) Calla.
PERAL. Yo os aseguro...
TIM. Por el balcon de esta casa
el aire tan sólo pasa
y eso cuando viene puro!
—Vedla: no nació de grandes.
Húbola un marido honrado
en mi hija: era un soldado
que en paz reposa allá en Flandes.
Si su historia veneranda
saber tu afan solicita,
con sangre dejóla escrita
en las llanuras de Holanda.
Yo soy su abuelo: mi nombre
Juan Timoneda, mancebo;
un siglo de honrado llevo,
soy un viejo, ¡más que un hombre!
Nunca conocí la furia
que ahora contra tí me inflama;
Lope de Vega me llama
El Patriarca del Turia.
He escrito libros amenos
en que mi honradez exhalo,
que no harán á nadie malo,
¡que sí harán á muchos buenos!
Mi caudal he consumido
en dar á España caudales,
salvando obras inmortales,
con la imprenta, del olvido.
Si alguno causando asombros,
pregunta el siglo que viene

por los *Grandes* que éste tiene,
se le encogerán de hombros.
Mas si, «¿quién es Timoneda?»
preguntan do alumbre el sol:
«Ese fué un buen español,
nos legó á Lope de Rueda,»
dirán cual dicen hoy dia
aquí.—Alteza por alteza,
yo no conozco nobleza
que se iguale con la mia!

PERAL. Mas...

TIM. Esta es la ejecutoría
que cobarde has desgarrado;
éste el nombre que has hollado;
ésta la brillante gloria
que manchas. Ahora... ¡enemigo!
este deshonrado viejo
quiere pedirte un consejo.
¿Qué debo yo hacer contigo?

PERAL. Creed que ella es á fe mia
tan pura como hechicera...

TIM. Pues si así no lo creyera,
¿piensas tú que viviría?

PERAL. Entónces...

TIM. Hablo de tí.
Oye. Asaltaste mi casa
de noche... ve... nadie pasa:
tengo un arcabuz aquí:
puedo por ese balcon,
sin que nadie me reclame,
arrojar el cuerpo infame
de un miserable ladron.
Puedo á todos hacer ver
que maté robando á un hombre,
puedo envilecer tu nombre...
¡y eso es lo que voy hacer!

(Ha cogido el arcabuz, y aunque con gran trabajo, consigue durante estos versos encender la mecha en la lámpara. Margarita dice «¡padre!» con temor. Peralta presenta el pecho, y cuando Timoneda va á encararse el arcabuz, Margarita se interpone cubriéndole con su cuerpo.)

MARG. ¡Padre!
PERAL Bien; mi pecho abrasa.
MARG. ¡Dos tus balas matarán!
TIM. ¡Hija! (Dejando caer el arcabuz.)
ORD. ¡Juan!...
(Dentro, despues de dar un aldabonazo en la puerta de la casa.)
TIM. ¡Ordoñez!
ORD. ¡Juan!...
(Dentro, despues de dar un segundo aldabonazo.)
¿No hay arcabuz en tu casa?
(Esta voz debe ser lejana y venir de abajo. Entre el segundo «Juan» y el verso siguiente una pausa, lo mismo que entre los aldabonazos y la voz. Excusado es advertir el terrible efecto que esto causa en los interlocutores, sobre todo en Timoneda. Ensáyese con particular cuidado, porque es la situacion decisiva del drama.)
TIM. ¡Dios!... Esa voz estridente...
¡Mi límpio honor por el suelo!
¡Aconsejé... escupí al cielo,
y me he marcado en la frente!
(Cayendo desplomado en el sillon.)
PERAL. Sé que mi familia altiva
(Con decision y por lo bajo.)
de sí me rechazará;
que mi nombre execrará
en tanto mi nombre viva; (Rapidez.)
pero ántes que su nobleza
está vuestro honor manchado,
ántes que un necio cuidado
de esta niña la pureza.
Ántes que la vanidad
el Dios que nos hizo hermanos,
y ántes que títulos vanos
está la felicidad.
Colmad, señor, mi ventura,
dándome el mayor tesoro
en esa mano que adoro;
(Timoneda lo escucha loco de alegría y como no comprendiendo tanta felicidad. Margarita fuera de sí contempla á su padre y da gracias á Peralta.)

subidme hasta vuestra altura,
que soy quien ganando sale,
porque... Alteza por alteza...
¡yo no conozco nobleza
que con la vuestra se iguale!

TIM. ¡Hijo!

MARG.
PERAL. } ¡Ah!

TIM. Esto es demasiado.
—Estoy despierto, es verdad.—
¡Mi hija!—la felicidad!
el bien perdido y hallado...
¡Me ahogaba... ahora, rio, sí!...
¡Gracias!... ¡me volveis la vida!
¡Ay, honra mia querida,
qué mal me hallaba sin tí!
Ordoñez!

(Transicion rápida al ver á Ordoñez. Aparecen en este momento Ordoñez y Melchor en la puerta de la derecha; el último con un arcabuz, y detrás Leonarda con luz. Al ver á Peralta se detienen en el umbral. Timoneda con afabilidad y soltura les habla y lucha consigo mismo, hasta encontrar el medio de justificar que Peralta esté allí.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ORDOÑEZ, MELCHOR, LEONARDA.

ORD. ¡Juan! Juan...

MEL. ¿Lo mato?

ORD. Despues.

MARG. (Con terror.) ¡Luis!

TIM. Pasa, Blas, pasa.
Pasa, Melchor.

LEON. (¿Hombre en casa?)

ORD. No pasa, Juan.
(Con mucha intencion, y por lo bajo.)

TIM. (¡Mentecato!...)
El marido de mi nieta...
(Presentando á Peralta.)

ORD.
LEON. } ¿Eh?
MEL. ¿Qué?
TIM. Como por razones
de su casa y sus blasones
tiene la boda secreta... (Riendo.)
pues... y como... ya se vé,
como esto estaba encubierto,
venía aquí por tu huerto,
por tu cerca...
MEL. ¡Ay, si lo sé!
(Acariciando el arcabuz.)
ORD. Mas...
PERAL. (Á Ordoñez.) Si de mí teneis queja,
perdonad. Y tambien vos, (Á Melchor.)
si es que he ofendido á los dos.
MEL. (¡Jesús! ¡Es el de esta oreja!)
ORD. ¿Conque no es burla liviana?
TIM. ¿Burla, y es ya su mujer?
(¡Mañana al amanecer! (Ap. á Peralta.)
PERAL. Será mi esposa mañana.)
ORD. Es decir, que es cosa hecha,
y ¡yo!... Burlado me miro.
¿Por qué no soltaste el tiro?
MEL. Porque se apagó la mecha. (Lloriqueando.)
¡Ay!
ORD. No te quejes. Ven, ven:
no eres aquí tú el que pierdes...
¿Melchor, quereis? Están verdes.
Tengo tres hijas... Pues bien, (Rapidez.)
porque no puedan decir
que nadie quiso por yerno
á un sobrino del gobierno...
Entre las tres... ¡á elegir!
mujer toma... ¡Rabien, pues,
por tu alteza y su desdoro,
y... ¡ojalá que fueras moro!
¡te casaba con las tres!
(Le coge de la mano y se marcha rápidamente. Leonarda se habrá dirigido á Timoneda con ansiedad: éste le indica la puerta de la derecha, por donde se marcha.)

ESCENA ÚLTIMA.

TIMONEDA, MARGARITA, PERALTA

MARG. ¡Luis! (Gozosa.)
TIM. (Á Peralta.) Mañana!
PERAL. Así será.
TIM. Mañana estará casada. (Respirando.)
PERAL. Y mi esposa muy honrada
para las Indias saldrá.
MARG. ¡Ah! (Dolorosamente sorprendida.)
TIM. ¡Mañana!! ¡Y me dejais!...
Sin ella, gran Dios, ¿qué haré? (Para sí.)
MARG. ¿Qué decis?
TIM. Nada, jé, jé...
¿Allende la mar os vais?
Yo... me iré mucho más lejos.
Sólo con mi corazon
morir veré esta estacion
que vida presta á los viejos.
Luégo... el otoño vendrá:
su sol llamará á mi puerta;
saldré á tomarlo á la huerta...
y no me calentará.
Lloraré... y tiritaré...
dejar querré el frio poyo
y me faltará tu apoyo;
querré andar... y no podré.
Echaré migas de pan
á las palomas... Sí, sí..
Como están hechas á tí,
las llamaré... y no vendrán.
¡Bien! diré, «dejadme, ingratas,
¡ahí cerca llenas de olores
me aguardan mis lindas flores,
siempre frescas, siempre gratas.»
Y el paso tardo é incierto,
iré á verlas,—¡á Dios plegue!—
¡pero no habrá quien las riegue,
y las pobres... se habrán muerto!

«¡Cómo ha de ser! ¡pobrecillas!
diré, tambien yo...» y llorando
sus hojas iré besando
mústias, secas y amarillas.
Querré comer sin embargo;
mas veré un sitio vacío...
y entónces tendré aquí frio... (En el corazon.)
y me sabrá el pan amargo!
Cabe los negros morillos
iré la noche á pasar:
(Esforzándose por reir.)
cual siempre querré contar
patrañas y chascarrillos.
Mas como ya me trabuco,
los que acaso estén allí,
¿qué han de hacer? Reirán de mí,
y me llamarán ¡caduco!
Habrá fuego; hará el ruido
que hora forma mi recreo,
y ¡el grato chisporroteo
será para mí un gemido!
La velada se hará larga:
temprano al lecho me iré;
pero no me dormiré;
mi vida será una carga.
Despues, á la mañanica
cuando los pájaros canten
y las flores se levanten,
ya no saldré á ver la rica
huerta con su verde ufana;
por no perder la costumbre
me haré sentar á la lumbre
delante de la ventana.
Puesto ya así, miraré
la pobre morera triste
que el dia que tú naciste
cabe la fuente planté.
Vendrá el cierzo y robará
una parte de sus hojas
dejando á los otras rojas;
luego la lluvia vendrá
por su parte, sin que huya

yo el presenciar esta marcha,
y luego vendrá la escarcha
y se llevará la suya.
Y cuando ninguna rama
tenga para mí consuelo
una hoja... el pocbre abuelo
se echará sobre su cama.
Dormido le creerán:
llamaránle... vano ruido!
¡El abuelo se habrá ido...
(Dando rienda al llanto.)
¡á dó las hojas se van!

MARG. ¡Padre! (Pasa á su lado.)

PERAL. ¡Señor! (Pasa á la derecha.)

TIM. Déjame.
Ansí acabaré contento
mi vida, sin sentimiento,
sin pena... jé, jé, jé, jé! (Rie.)

MARG. Padre, esa separacion,
¿has pensado que me cuadre?
¡Yo dejarte! ¡Nunca, padre!

TIM. ¡Hija de mi corazon!

MARG. ¡Vete! (Á Peralta.)

PERAL. ¡Oh! no, no. Á la victoria
renuncio hasta sin pesar.
De la dicha en el altar
debe inmolarse la gloria.
(Se arranca la banda.)
¿Qué digo? La habré cumplida;
que da gloria mas honrada
una lágrima enjugada
que un mar de sangre vertida.

TIM. Ven—ven.—Recoged así (Abrazándolos.)
el llanto que correr dejo...
Esta lágrima del viejo
mar de cielo es para tí!

MARG. ¡Yo! (Secándole los ojos.)

PERAL. ¡Yo!

TIM. No. Decid «¡Nosotros!»
Dios tiene aquí premios fijos:
¡los hijos de vuestros hijos
harán esto con vosotros!

Hecho habeis que no se apague
mi último sol sin brillar... (Muy conmovido.)
Yo no os lo puedo pagar;
¡pero arriba hay quien lo pague!

FIN DEL DRAMA.

Nació Juan de Timoneda en Valencia, y aunque se ignora en qué año, debió ser por lo ménos á principios de la última década del siglo décimo quinto, puesto que en 1511 había ya publicado en Sevilla la *Silva de varias canciones*. Ignórase asímismo el año de su muerte, aunque calculando prudentemente, puede creerse que llegara á los ciento veinte de su vida.

Dice de él Cervantes:

Fué de ejemplo Juan de Timoneda,
que con sólo imprimir se hizo famoso
las comedias del gran Lope de Rueda.

No es este sólo ni su avanzada edad, de que en *Los baños de Argel* se ocupa el autor del Quijote, los únicos títulos que nuestro patriarca tiene á la celebridad. Casi no existe un género de literatura que no le deba mucho, aparte de habernos conservado, imprimiéndolo á su costa, todo lo más notable que escribieron sus contemporáneos. Ocupa un lugar respetable en los origenes de nuestra novela con *El patrañuelo* y *La sobremesa*, obras que han merecido la honra de figurar en la *Biblioteca de Autores españoles*, ese gran monumento que Rivadeneira (en esto nuevo Timoneda) levanta á las letras españolas. Más aún le debe el teatro, cuyos cimientos echó en union de su amigo Lope de Rueda, y para el que escribió muchas composiciones de distintos géneros; siendo su *entremés* de *Un ciego*, *un Mozo* y *un Pobre*, segun Moratin, la pieza más antigua de teatro que se llama así.

Paréceme que estos desaliñados apuntes bastarán á los directores de escena para formar una idea del personaje.

Respecto á retratos, ignoro qué se habrá hecho del que tenia Moratin, y del que segun la *Biblioteca Valenciana* se conservaba en su patria en el monasterio de la Murta. He seguido la pista al que el mismo Moratin dice haber visto en la Biblioteca real de París, y hé aquí las noticias que debo al Sr. D. Luis Madrazo, jóven y ya muy conocido artista, hermano de ese gran poeta Federico, que escribe con el pincel.

«Existe, en efecto, en la Biblioteca imperial, un libro muy pequeño en 32.° que contiene tres obras de Timoneda. *El sobremesa*, la *Memoria Hispánica* y la *Memoria Valenciana*, y en la portada de cada una de ellas un malísimo grabado en madera, que es, al parecer, el retrato del autor, coronado de yedra.»

No publico este grabado, porque aunque el calco que debo á la amabilidad del Sr. Madrazo está hecho con el más escrupuloso esmero, el original es tan deforme que nada puede tomarse de él.

El gran número de representaciones que á la fecha en que escribo lleva este drama, y las muchas consecutivas que aún dará, pues aún no se ven síntomas de que estén para terminar las de la primera série, la insistencia con que el público llama una y otra noche al Sr. Valero y á su autor á la escena, el lujo y propiedad con que ha sido presentado y representado, y sobre todo la brillantísima ejecucion de nuestro primer actor D. José Valero, que ha hecho de Timoneda una de sus mejores creaciones, dicho lo cual no cabe mayor encarecimiento, han llamado necesariamente la atencion hácia esta obra, dividiéndose la prensa para juzgarla en encontradas opiniones, que no todos han de ser de la misma.

Como juzgo á cada cual dueño de la suya, y respeto las de todo el mundo, doy las más encarecidas gracias á todos los periódicos que se hayan ocupado de ella; con mucho agradecimiento á los que son de la opinion del público, y sin tratar de contradecir con enojo á los que siguen la contraria; que críticas decorosas, aunque en severas rayen, á nadie ofenden, y eso del enojo y aun lo del desprecio, se queda para aquellas en que el crítico falta hasta á lo que á su propio decoro cumple. Afortunadamente en España, ménos adelantados que en Francia, es casi desconocido este género de crítica; que si á veces nos dejamos llevar de la pasion al formar nuestros juicios, en raras ocasiones nos salimos del terreno digno y decoroso al emitirlos.

Por esta razon nunca me he ocupado de los que acerca de mis obras se han escrito; y si ahora me ocupo de esto, es para contestar á cargos que fuera del terreno literario se me han hecho.

Ya al imprimir *La vida de Juan Soldado*, dije que yo no era hombre político; por lo tanto, prévio el *exequatur* de la censura, digo cuantas verdades pienso; que diciéndolas empecé, y Dios mediante, diciéndolas ha de salírseme el alma del cuerpo. Á los que dicen que profeso las doctrinas de tal ó cual partido, les contesto que se equivocan; que en todos encuentro malo y bueno, y por lo tanto no sigo ninguna bandera, por más que allá en el fondo de mi corazon tenga mis opiniones; pero como no me he dedicado á la política, ni éste es un programa á mis desconocidos electores, de quienes Dios me libre, y como no pienso ser apóstol de un nuevo sistema político por falta de talento y de vocacion, mi única profesion de fe, es que nada tengo que ver con las cosas del gobierno, que no soy elector ni elegible siquiera, que me limito á apuntar hechos y á consignar verdades con sujeccion á las leyes, que es todo lo que un poeta puede y debe hacer desde la tribuna escénica.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
aper cadenas	3	Luis Blanc	»
ños de amor	3	M. Carreras y Gonzalez	»
aca Blandini	4	E. Zumel	»
vizconde de Commarin	4	E. Zumel	»

ZARZUELAS.

ericanos de pega	1	R. María Liern	Libro.
ı Roman y Don Ramon	1	Usera y Lopez y Schænbrunn	L. y M.
telégramas	1	Portero y Segura	L. y M.
aceite de bellotas (Monólogo)	1	R. María Liern	L. y M.
gran dia	1	N. Serra y Bengoechea	L. y M.
que va á morir te saluda	1	Belza y Balart	L. y M.
sargento Lozano	1	Hurtado y Nuñez-Robres	L. y M.
tre bastidores	1	N. Serra y Carreras	L. y M.
r de los cielos	1	N. Serra y Bengoechea	L. y M.
ego en guerrillas	1	Manuel Nieto	Música
voz de España	1	Altadill y Fossa	L. y M.
s hijas de Fulano	1	Amalfi y Fernandez Caballero	L. y M.
s rosales de Mañara	1	Guillermo Cereceda	Música
dro el Veterano	1	Liern y Monfort	L. y M.
nus y Cupido	1	Cuenca	L. y M.
hostelero de Ricla	3	Belza y Balart	L. y M.
a cancion de amor	3	A. Hurtado	Libro.

Ha dejado de pertenecer á esta Galería la comedia en un acto de D. Eduardo ıvarro, titulada: *Por un descuido*, y la música de las zarzuelas en un acto del . Rossetti, tituladas: *El cuerpo del delito*; *El padre de mi mujer*; *Un to de prision*, y *Un jaleo en Triana*, así como las siguientes obras del señor reton de los Herreros: *Por una hija*, comedia en un acto, *Al pie de la tra*, *Cuando de cincuenta pases*, *El abogado de pobres*, *Elvira y Leandro*, *ntre dos amigos*, *La hermana de leche*, *La hipocresía del vicio*, *Los sentido rporales*, *María y Leonor*, y *Mocedades*, comedias en tres actos, y el libro de ı zarzuela en tres actos, *Cosas de D. Juan*.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9,

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al **EDITOR**, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.